Gustavo Martínez Zuviría

EL GRAN CUENTO DEL TÍO EN LA LITERATURA NACIONAL

1907

El gran cuento del tio en la literatura nacional

Gustavo Martínez Zuviría

EL

GRAN CUENTO DEL TÍO

EN LA LITERATURA NACIONAL

1907

Martínez Zuviría y Cía.—Editores.—Santa Fé.



EL GRAN CUENTO DEL TÍO

EN LA

LITERATURA NACIONAL

Lugones ha publicado un libro.

Lugones, el dichoso, cuyo nombre declama con la boca llena ese hato de literatoides inocuos, sugestionados por el decadentismo sibilino del Maestro, que se los hace tragar como genialidad auténtica...

Lugones, el colosal, cuyo nombre corre como el santo y seña de los siringos, de esos degenerados que no creen en Dios, pero creen en el gato negro que maulla tres veces, á media noche, cuando ellos, en el arrobamiento nebuloso de sus alucinaciones alcohólicas, pueden empaparse en los misterios de la siringha.

¡ Siringos, tilingos !

Un libro nuevo del gran siringo es un desborde de tilinguería más temible que los desbordes del Paraná.

Al fin y al cabo, los del uno son agua pura, que si inunda no mancha, mientras que los del otro son una ola de materias cloacales, exhalando fetidez moral, que sólo esos desorbitados del buen gusto pueden paladear con fruición, cuando lleva la marca de Lugones.

Esto de la marca es esencial: lo que en otros no sería ni más ni menos que el desahogo de un literatoide desvergonzado, en el Maestro es una genialidad.

Para algo es el ungido de la fama.

Esta aberración del instinto estético del público no es un caso aislado, es la epidemia reinante.

Ya Juan Pablo Echagüe, un crítico brioso y sincero, en un artículo á propósito de «Jettatore» y «Locos de Verano», lo ha hecho notar indignado.

El pabellón cubre la mercancía; la firma genializa la tilinguería.

Cuando los periódicos, con más parquedad que de costumbre, anunciaron *Los Crepús-*

culos del jardín, aunque protestando de mis aficiones de bibliófilo que me arrastraban á depositar mi óbolo en el cepillo del mal gusto, me apresuré á comprarlos; libros como los tales Crepúsculos se venden rápidamente: en el millón de habitantes de nuestra gran capital, hay como quiera mil con la médula espinal lesionada, que se encargan de agotar la edición.

El libro es pequeño—doscientas páginas enrarecidas—y caro, tres pesos, precio tipo de la lujosa librería argentina.

La impresión es regia, hecha por la casa Coni Hnos., que todavía no ha perdido el gusto á pesar de ser el impresor obligado de estos *casos*.

Pueden creerme que he sacado bien los tres pesos del libro.

Lo he leído ¡vaya si lo he leído!

Lo he leído de buena fé, para rehabilitar á Lugones, á quien apenas conocía, con ansia de dar la razón á sus admiradores que lo proclaman genio, por tener el gusto de saludar á un gran poeta argentino; lo he leído para formarme un juicio exento de sugestión ajena, para juzgarlo por mí y para mí; lo he leído

primero con desapasionamiento, en cero, para dejar oscilar la aguja de mi sinceridad hacia cualquier lado; después con el lápiz en la mano, rayando los márgenes y *crucificando* los desatinos, tan sueltos y abundantes en aquella selva *aspra e forte* del decadentismo lugoniano, que al rato aquello parecía un cementerio, tan sembrado estaba de cruces.

Lo he leído tres veces, con encarnizamiento, para extraer el jugo del genio en que, dicen, está empapado el libro.

En lo que está empapado es en trivialidad, en mal gusto, en pornografía, en tilinguería, en cacofonía, en indiscreción, en monomanía.

Lugones no ha tenido, ni tiene, ni tendrá nunca genio.

Si alguna vez tuvo talento, no lo tiene ya, lo ha prostituido, lo ha vendido, no por el clásico plato de lentejas, sino por cuatro manotones que á guisa de aplausos, le ha propinado la cáfila de tilingos decadentes que lo siguen con servilidad carneril.

¡Qué baratos se venden algunos genios!

En esta época de psicologías, un estudio curioso es el de la psicología de las multitudes.

El alma de un público es perfectamente distinta del alma de cada uno de los individuos que lo componen.

El juicio del público es la resultante de todos los juicios del montón, amasados por la casualidad y llevados del cabestro por la desfachatez del que sabe aprovecharse de las aberraciones de ese niño grande.

La maleabilidad del criterio de este eterno infante está en razón inversa de su ilustración, con tal que ésta no sea muy grande.

A un payador ignorante podrán discutirle un año para convencerlo de que Lugones es más admirable que Estanislao del Campo, y no lo lograrán.

A uno de esos monaguillos de la literatura, borroneadores de crónicas y de tarjetas postales, en cinco minutos lo convertirán en un furioso paladín del decadentismo, con tal que le hagan creer en la independencia de su criterio, cosa fácil por otra parte, pues precisamente se trata de formar en las filas de una escuela que pretende llevar un malón contra todo lo que huele á cordura.

Parece mentira que los mismos que deliran por Zola y adoran al naturalismo, porque es

una reacción brutal contra el convencionalismo de las literaturas pasadas, deliren por Lugones que es puro artificio, y adoren la fraseología chirle y alambicada de ese seudo redentor que ha sabido hacer el gran cuento del tío al público de Buenos Aires, el público más infantil é inconsecuente de toda la República.

El hurto de un reloj lleva á la cárcel; la estafa de una reputación lleva á la gloria.

El delito es el mismo, pero el Código Penal no ha previsto el caso.

Después de leer el libro tres veces, he llegado á esta conclusión:

Lugones no tiene oído, no tiene buen gusto, no tiene originalidad, no tiene fuerza, no tiene inspiración de buena ley.

Lugones no es más que un literato-payaso que se lo pasa haciendo piruetas y buscando en los sótanos del diccionario las palabras más incomprensibles ó inventándolas para empenachar con ellas sus versos huecos, descoyuntados é inarmónicos.

Y ni siquiera así ha sabido hacerse un lenguaje rico, como D' Annunzio; su vocabulario es de una pobreza franciscana, sus epítetos

pegados á baba, sin propiedad ninguna, están repetidos mil veces en las doscientas páginas fofas del libro ; su inspiración es una mula de noria, siempre dando vueltas al rededor del mismo tópico. Todo en él es trivial y alambicado ; todo es amontonar *palideces*, *languideces*, *sutilezas*, *trivialidades*, *suavidades ;* todo es *ajarse*, *amoratarse y agrisarse ;* todo es diluído ; todo es trapo.

Poeta mujerengo no tiene más afán, ni más afición, ni más tendencia que á hablar de trapos, de ropas interiores, hacinando en cada estrofa los corpiños, las enaguas, las franelas, las camisas, los peinadores, las medias.

¡ Oh, las medias ! las medias son su obcesión ; las medias y las ojeras lo persiguen en sus ensueños lilas, lo asedian, lo estrangulan...

Me he propuesto no hacer una afirmación sin poner al lado la prueba.

Allá van algunas de las ojeras de Lugones.

En la página 11 :

> Y la devastación de sus ojeras...

En la 36 :

> .. Llenó la tarde gris y tus ojeras...

En la 78:

De la ojera en leves insomnios de té...

En la 84:

Que tus ojeras lánguidas no mienten..

En la 99:

A la hora en que á la tarde le aparecen las ojeras..

En la 160:

Tus peligrosas ojeras...

En la 167:

Que dilataba la ojera...

En la 186:

Con su remordimiento tus ojeras...

Y allá van las medias de Lugones:

En la página 23:

La breve arruga de tu media lila...

En la 30:

Contemplaba...
Tu media negra...

En la 55:

En las medias punzó sus pantorrillas...

En la 78:

Transparenta lirios la calada media...

En la 92:

Y en los puntos de tus medias
Pulgas locas... (!)

En la 151:

Tus gárrulas medias su fugaz sorpresa...

De modo que si las diera á lavar, la lista de la lavandera sería como sigue:

ROPA Á LAVAR DE DON LEOPOLDO LUGONES

Medias lilas	1	par (es de suponer que las dé á pares)
" negras . . .	1	"
" punzó	1	"
" caladas . .	1	"
" gárrulas . .	1	"
" con pulgas	1	"
Total . . .	6	pares

Tiene también una liga crema en la página 40, que cito porque sin duda corresponderá á otro par de medias cremas, que no figuran porque... las llevará puestas quizás:

Y sobre el broche de tu liga crema
Crucifiqué mi corazón mendigo...

¡ Qué tendrá que ver, Dios mío, el corazón con el broche de la liga!

¡ Y á este hombre impudente y desvergonzado, que ha caído en el canasto de la ropa sucia, y con instinto de trapero se revuelca en ella y se entretiene en pasarle revista, contándole hasta las pulgas, se le llama genio y se le imita! ¡ Puff!

Las lectoras delicadas han de odiar la literatura de este trapero, que más que poeta pa-

rece dependiente de tienda por la pasmosa erudición que revela en trapos femeninos.

Dejo para el próximo número un artículo estadístico en que pasaré revista al canasto de la ropa sucia en que ha caído Lugones, y que probablemente titularé :

« De cómo Lugones no es más que un trapero con pretensiones de literato ».





DE CÓMO LUGONES

NO ES MAS QUE UN TRAPERO CON PRETENSIONES DE LITERATO

> La falta de seguridad de comprensión y de gusto de la mayoría y la incompetencia de la mayor parte de los críticos, permiten á estos intrusos hacerse un nido en el arte y vivir ahí en calidad de parásitos durante toda su vida.
>
> *Max Nordau*—DEGENERACIÓN (Madrid, 1902)—T. II, pág. 149.

He aquí unas palabras que me alientan á proseguir en la empresa acometida: el gran escritor no habla nunca á humo de pajas. Pero ha olvidado otra de las causas de la intromisión en el arte de esos intrusos tan justamente calificados de parásitos.

Muchas veces lo que hace el nido á esas tristes celebridades no es la incompetencia ni la falta de gusto en los críticos; muchas veces es la malicia, la conveniencia, el contrato

innominado é innombrable, *do ut des, facio ut facias*, te aplaudo sabiendo que eres una mistificación, para que me aplaudas.

Vamos al *caso*.

La inspiración de Lugones es como uno de esos caranchos rastreros que se pasan la vida entera husmeando la carne podrida, para abatir el vuelo sobre ella en la ocasión propicia, y que se mueren sin conocer la embriaguez del espacio, ni el vértigo de las cumbres, ni la borrachera del gran sol.

¡Qué vuelo el de esas inspiraciones más extraño al vuelo altivo del cóndor, que cuando se abate no es sobre la inmunda carroña sinó sobre la carne fresca, palpitante, arrancada á noble picotazo!

La inspiración de Lugones jamás se levanta un palmo del pútrido pantano de la pornografía y de la trivialidad, porque no tiene horizontes, porque no tiene alas, porque la luz, como á la cobarde lechuza la deslumbra.

La poesía de Lugones es chata, como esas tonadas de músicos ramplones que vuelven eternamente sobre el mismo motivo. Es, como dije en mi primer artículo, una mula d

noria condenada á dar vueltas al rededor del estéril pozo de una fantasía cebada en la inmundicia y engordada en la trivialidad, que sólo puede destilar trivialidad é inmundicia.

Podría disculpársele si la perpetua tonada de esa poesía chavacana fuera algo noble, digno de verse una y cien veces.

Se diría: hay falta de variedad, pero no falta de inspiración.

Mas la hilacha está al descubierto. Es algo peor que falta de inspiración y de variedad: es falta de pudor.

Cuando se vé el vergonzoso artificio á que echa mano ese poetastro vulgar, que tanto ponderan sus consocios, cuando se vé que lo que pretende al amontonar sus enaguas, sus corcés y sus medias, con la pesadez de un tendero que quiere salir de su mercancía, es hostigar la sensualidad del lector, nace un profundo desprecio hacia ese incomprensible monómano de los trapos que con tan viles expedientes quiere hacer el éxito de su lamentable poesía.

Esta es la hilacha. Pero el crítico no debe juzgar las intenciones. Juzguemos lo que aparece.

Voy á citar todos los trapos de ese canasto de ropa sucia, malamente llamado *Los Crepúsculos del Jardín.*

¿ Seré pesado ? Nó ; escribo para los admiradores de Lugones y son sus versos lo que les brindo. ¿ Los paladearon una vez ? paladéenlos, pues, otra, en condiciones más favorables para la verdadera poesía, despojados de la artificiosa mecánica de la estrofa.

Mejor para ellos si no aguantan el balance del baratillo lugoniano ; signo será de que su paladar no está suficientemente estragado para saborear sin ascos las perversidades literarias del gran trapero.

Dividiré la mercadería en tres secciones : *Ropa hecha*, *Trapos en general y Mercería ó Bazar.*

ROPA HECHA

CAPOTAS

En la pág. 25 :

Bajo el ancho moaré de tu *capota;*

Pág. 77,

Recluye en el ámbito de tu ancha *capota;*

Pág. 110,

La crespa futilidad de tus *capotas;*

Pág. 151,

Bajo esa *capota* que vuelve tan ambigua;

Pág. 154,

La pastoril *capota*.

CORPIÑOS

Pág. 33,

Tu delicado cuello del *corpiño;*

Pág. 74,

Y su *corpiño,* en virginal secreto;

Pág. 112,

Bajo tu *corpiño* sin una arruga;

Pág. 129,

Su *corpiño* era breve;

Pág. 130,

Y dos almas cabían en el breve *corpiño;*

Pág. 155,

De las otras dos sabe tu *corpiño;*

Pág. 184,

Se entreabría tu *corpiño.*

FALDAS

Pág. 57,

Su *falda* más coqueta por sencilla;

Pág. 81,

Cuando el efluvio de amistad que deja
Tu *falda*...

Pág. 84,

Fuga en sus pliegues ágiles tu *falda;*

Pág. 115,

Ondula en los volantes de tus *faldas* claras;

Pág. 116,

En las más sencillas *faldas;*

Pág. 132,

Al fru-fru de tu *faldas;*

Pág. 166,

Tu *falda* perfumaba el aposento

FALDAS EN OTRA FORMA

Pág. 55,

Con su *saya* de viejos brocateles;

Pág. 111,

En la altivez sajona de tu *saya.*

PEINADORES

Pág. 80,

Evocaba tus largos *peinadores;*

Pág. 90,

Cuando sales con tu blanco
Peinador;

Pág. 103,

La seda del *peinador;*

Pág. 169,

Y tus *peinadores* flácidos cual mortajas.

MEDIAS

En mi artículo anterior saqué al sol las medias de Lugones. Parece innecesario revisarlas de nuevo, pero una prenda de abrigo de tanta necesidad en invierno, y sobre todo en poesía, no puede olvidarse en el balance del baratillo. Salgan pues, de nuevo las medias.

Pág. 23,

La breve arruga de tu *media* lila;

Pág. 30,

Contemplaba...
Tu *media* negra;

Pág. 55,

En las *medias* punzó sus pantorrillas;

Pág. 78,

Transparenta lirios la calada *media;*

Pág. 92,

Y en los puntos de tus *medias*
Pulgas locas... (!)

Pág. 151,

Tus gárrulas *medias* su fugaz sorpresa...

CORSÉS, CAMISAS Y ENAGUAS

Pág. 48,

Como un *corsé* de inviolable raso;

Pág. 65,

Las peinetas... el *corsé;*

Pág. 56,

Sonreía ajustando su *camisa;*

Pág. 129,

Excepto su *camisa* que reclamaba una oda;

Pág. 35,

Tu *enagua* de surah...

Pág. 69,

Su *enagua* un vago fru-fru

Pero dejemos ya la ropa hecha, aunque aún no hemos visto ni los jubones, ni las esclavinas, ni los visos, ni las blusas, ni las cofias, que contiene ese gran canasto de los Crepúsculos, y saltemos á la segunda sección que podríamos llamar.

TRAPOS AL SOL

SEDAS

Pág. 12,

Hacen pensar en la excesiva *seda;*

Pág. 60,

Y se desviven por las *sedas* claras;

Pág. 68,

Blancas *sedas* de amistad;

Pág. 84,

Que como una sutil cinta de *seda;*

Pág. 85,

La tibia *seda* que en tus rizos toco;

Pág. 125,

Parece fastidiarse, cansada de sus *sedas;*

Pág. 151,

Para que en policromia de *seda* escocesa;

Pág. 164,

Y á la misma *seda* trivial de tu blusa;

Pág. 166,

Con desliz de furtiva *seda;*

Pág. 189,

Fugan *sedas* de suspiros.

ENCAJES

Pág. 23,

Bajo una fina languidez de *encajes;*

Pág. 49,

Encajes negros y argentinas lamas;

Pág. 58,

La mano en guante perla y fino *encaje;*

Pág. 73,

Bajo la cofia de profuso *encaje;*

Pág. 104,

Trama en *encaje* sutil;

Pág. 116,

De tus *encajes* irlandeses; (1)

Pág. 165,

Con tus sobrios *encajes* de señorita;

Pág. 166,

Y aquella palpitación de *encajes*.

RASOS

Pág. 29,

Con la ducal decrepitud del *raso;*

Pág. 48,

Como un corsé de inviolable *raso;*

Pág. 57,

En un breve relámpago de *raso*;

Pág. 84,

Se ajusta el *raso* á tu armoniosa espalda;

Pág. 111,

Ninfa de porcelana en piélago de *raso;*

Pág. 168,

En los tapices de marchito *raso;*

Pág. 181,

Un *raso* gris de distinción suprema

(1) Por esto se verá que el erudito tendero conoce también la nacionalidad de sus trapos: sedas escocesas, lamás argentinas, encajes irlandeses...

TULES

Pág. 19,

Al soltar deshecho en bruma su postrer moño de *tul*;

Pág. 20,

Estremécense lloradas las estrellas sobre el *tul*;

Pág. 77,

Que crepusculiza la bruma de un *tul*;

Pág. 91,

Mar de *tul*;

Pág. 104,

El horizonte de *tul;*

Pág. 129,

En sus *tules* flotaban ideas distintas;

Pág. 194,

Protegido por marchitos *tules*.

CINTAS

Pág. 32,

Y como de una *cinta* milagrosa;

Pág. 34,

Como una *cinta* de cambiante faya;

Pág. 84,

Que como una azul *cinta* de seda;

Pág. 129,

Podía ser un verso cada una de sus *cintas*.

CRESPONES Y TERCIOPELOS

Pág. 19,

Se destiñe en el crepúsculo aquel foque de *crespón;*

Pág. 19,

Sobre el brillo de las aguas cruza un foque de *crespón*;

Pág. 69,

Un tenebroso *crespón*;

Pág. 144,

En las arrugas del *crespón* severo;

Pág. 176,

Que orla de taciturno *crespón* los horizontes;

Pág. 38,

En tu negro jubón de *terciopelo*;

Pág. 69,

Acogerá el *terciopelo*;

Pág. 159,

Con felina electricidad de *terciopelo*...

¡Seda, seda, seda! ¡encaje, encaje, encaje! ¡medias, medias, medias! ¡ripio, ripio, ripio! ¡sensualidad, prosaísmo, tilinguería!

Creí aguantar hasta el fin ¡imposible! Siempre es desagradable el pasar revista á un canasto de ropa sucia. Sí, sucia, porque allí no hay una sola pieza que pretenda

producir en el lector estados superiores del ánimo. Allí no hay un trapo que no sea usado por cortesanas corrompidas.

Y conste que no anoto ni la mitad de la ropa; aún faltan las muselinas, las felpas, las gasas, las batistas, las blondas, los volantes, los brocados, los percales, los velos, las velutinas, los velillos, las franelas, los trapos aristocráticos, muaré, gro, pekin; surah, fichú, guipur... (¡lo que sabe este hombre!) que están por centenares de piezas.

Pensé también hacer una visita á la Sección Bazar ó Mercería ó lo que sea, pero el trabajo es árido y enfadoso. Sería eterna la tarea de enumerar el surtido de esta sección. Hay por allí á montones, á carretadas, dedales, agujas, alfileres, horquillas, peinetas, crochets, collares sortijas, alamares, pantallas, abanicos, sombrillas, almohadas, guantes, botines, zapatos, sandalias, chinelas, sombreros, pañuelos, rodetes, moños, papillotas, ballenas, boas, manguitos, golas, cortinas, alfombras, tripes, tapices, petos, mangas, perfumes, polvos de arroz, tarjetas postales, periódicos de modas, algodón en rama ¡el diablo á cuatro!

No cito una sola pieza de ropa, un solo al-

filer que no esté en el gran baratillo. He llevado la honradez crítica al extremo... y con todo, estoy abrumado de inventariar las existencias de este Gath y Chaves literario.

Si le niego méritos de poeta quiero concederle en cambio todas las cualidades de erudición y de facundia de un buen tendero y en prueba de ello, como *réclame* de la casa, allá va gratis ese anuncio :

Gran Baratillo

LOS CREPÙSCULOS DEL JARDÍN

— DE —

LEOPOLDO LUGONES

EL MÁS POETA DE LOS TRAPEROS
Y EL MÁS TRAPERO DE LOS POETAS

Casa de desconfianza
para señoras como Dios manda

LA MÁS SURTIDA EN TRAPOS Y DESVERGÜENZAS

La más barata: 3 $ la entrada

ADVERTENCIA:—Si el cliente gasta vergüenza, se ruega tenga cuidado con ella porque es muy fácil perderla: el propietario es un tanto desbocado.

¿Qué quiere decir esto? ¿qué significa

este baratillo de turco en un librito que tendrá á lo sumo 1.500 versos?

Significa una sentencia de muerte inapelable que habría qué aplicar á la triste celebridad de un poeta impudente, que después de desollar vivos todos los principios del buen gusto, á sangre fría, con premeditación y saña alevosa, en su rabioso afán de singularizarse, se ha burlado de un público inconsciente, más que inconsciente ingénuo, estafándole una reputación... y tres pesos por tomo.

Significa algo peor; significa un tristísimo diagnóstico de nuestro ambiente literario, digo mal, del ambiente literario de ese Buenos Aires, que ha pretendido erigirse en Tribunal de Casación, para fallar en última instancia y repartir el pan de la gloria á quien le caiga en gracia.

Vale más caer en gracia que ser gracioso.

Significa la bancarrota de la literatura argentina, mientras el diapasón del gusto dé notas tan viles.

Significa que no hay en la crítica porteña, salvo raras y nobles excepciones, más que *bomberos* maliciosos, que pretenden llevar del cabestro á todo un público ilustrado, para

hacerlo pasar por las horcas caudinas de sus incomprensibles caprichos.

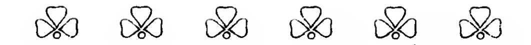
Significa que aquello es una colosal Sociedad de Bombos Mútuos, de entrada fácil, pero onerosa, como que cuesta una libertad de criterio que hay que dejar á la puerta, para embolsarse en el criterio carneril de la sociedad.

—¡Dime, tú, Virgilio y yo te diré Homero!

Y anatema al que en nombre de la libertad de pensar proteste de este ridículo sainete que está representando toda una literatura nacional.

Y ... ¡viva la libertad!





EL ALMA DEL VERSO

Al ilustrado sacerdote y valiente periodista Tomás Dutari Rodriguez

Cuando el hoy lamentablemente célebre Lugones gastaba pañales literarios, alguien enterado de sus gracias echó á rodar la bola de que aquel infante sería con el tiempo el pasmo y el corta resuellos de la gente.

¿Fué malicia ó fué inocencia la del oficioso Bautista? ¡Arcano!

Lo cierto es que el público porteño, ingenuo como un chino, se tragó lo del pasmo y se constituyó en niñera del infante.

Corrieron los años, creció el nene y verso tras verso, soneto tras soneto, ripio sobre ripio, fué alzando el pedestal de su fama.

Ya se vé, si no tenía genio de poeta le sobraba en cambio talento de albañil.

Y de tendero... esto lo hemos visto en los artículos anteriores.

¡ Qué bien explotó para sacar los sillares de su pedestal la cantera de la tilinguería !

¡ Con qué arte sugestionó á los monaguillos de la literatura, haciéndolos servir de peones en la construcción de su torrecita !

La piedra fundamental no fué chica, eso no, ni mala del todo : fueron varias montañas, *Las Montañas del Oro.*

Allí siquiera había inspiración y frescura... no hablo de la otra frescura, de esa con que nos suelta todas las maravillas verdes y coloradas de sus *Crepúsculos ;* allí había una originalidad natural, que llamó la atención, que le alabaron y que lo perdió...

Lo perdió porque si su poesía novedosa fué buena cuando nació espontánea, degeneró en pésima cuando quiso singularizar su estilo extremando el toque de su originalidad, y convirtió su ingenio en alambique para destilar la poesía más atirabuzonada que de Góngora acá hayan inventado los poetas desorbitados.

Ahora toda su novedad consiste en lo amanerado y raro de sus versos, y es claro, ahora ni siquiera es original, porque hace unos

cuantos siglos Góngora dijo mas raramente que él, todo lo que él está diciendo, y sufriendo por decirlo angustias de muerte y retortijones de numen, cuando no de estómago.

Se le alabó cierta riqueza de vocabulario que despuntaba en sus *Montañas*, y su vocabulario hizo voto de pobreza. Es pobre, porque la riqueza no consiste en amontonar los detritus del diccionario, en aprenderse de memoria una sarta de palabras raras, incomprensibles, inventadas mil veces, y soltarlas vengan ó no á pelo como una majada de cabras por los escabrosos y verdes breñales de su poesía, siempre verde y escabrosa. Es pobre, porque como lo he demostrado en mis anteriores artículos, todo su conocimiento de la lengua se reduce á una abrumadora erudición de tendero ; ese hombre se ha aprendido de memoria el catálogo de la «Ciudad de Londres». Es pobre, franciscanamente pobre porque saliendo de ahí, de sus palabras estrambóticas y de sus términos de trapero, se vuelve todo palideces, languideces, trivialidades ; todo es amoratado, todo es lila, todo es ajado, todo es la eterna vaguedad de pensamiento envuelto en vaguedades de expresión.

Santo y bueno que el léxico sea el libro de cabecera del que aspire á escribir bien, con fluidez, con elegancia, con precisión, pero no que este deseo degenere en monomanía, y rebuscando en los sótanos, en los pasillos y en los albañales del diccionario, se haga una sarta de las palabras más raras y anticuadas, para crearse un lenguaje estrafalario y pedante.

¿Cómo puede aspirar á popularizar su poesía un individuo que emplea palabras como estas: tremulación, pregusto, ancestral, virelay, anímula, opalescente, dehiscencia, sororal, crepusculizar, tíbar, siruposo, bidolor, ultranzas, glabro, evanescencia, estramonios, ustoria (en un sentido falso) buídos, palumbarios, bisulca, lucentor, hiperdulia, palabras que cuando no son inventadas por él, son rebuscadísima y pretenciosas?

Se dirá que el vate *sub judice* no ha pensado ni por un momento en que su poesía pueda ser popular, porque él no escribe para el público, que es muy bruto, sino para los *esquisítos*, los iniciados, los ti...

¡Ah! tiene razón; lo gloria de que unos versos se hagan carne en el corazón y en la

memoria del pueblo, no es para sus estrofas entablilladas y frías, y hace bien en desdeñarla de antemano: hay que hacer de la necesidad virtud.

Le alabaron tambien (porque habían dado en alabarle hasta lo que daba vergüenza) una problemática facilidad que parecía tener para manejar la rima; y nuestro vate dió en hacer versos colegialescos, de esos que se doblan donde no hay coyuntura, destrozando la armonía, la rima, la gramática y la paciencia del lector.

V. gr.: pág. 10,

Rizan su frágil superficie como...

Pág. 14,

Y corona supérflua como una...

Pág. 17,

Dora tus cabellos y tu seno tiene para...

Pág. 19,

Agota tu sangre y tu piel tiene para...

Pág. 49,

Selva estaba olorosa como una...

Pág. 67,

La visión triste que en un...

Pág. 72,

Si ya hay niebla ¡oh, muy poca! es sólo para..

Pág. 80,

Regaba sus fulgores como una...

Pág. 84,

Esas melancolías que son una...

Pág. 116,

Tu palidez que sugiere una...

Pág. 137,

Ante tu honor y fútil como una.

Dió también en inventar metros nuevos, en su anhelo de innovador, y comenzó á escribir prosa mala, aconsonantada y alineada en renglones que quieren tener armonía, cuando lo que tienen es uno de los ruidos más desagradables que se pueden oir en el mundo.

Vean Vdes. qué armonioso es esto:

Llena de literatura y de piano,
Tu alma yació en inerte sobriedad de tortuga.
Bajo tu corpiño sin una arruga
Y tu corazón sin un arcano.
. . . .
Cierta noche por fortuna,
Te traicionó la naciente luna;
Una luna redonda
Que agujereaba la noche y la fronda,
Como el pabellón de una trompeta
Embocada detrás del horizonte
Por un cuartenario atleta
Al acecho del gliptodonte...

No quiero pararme á examinar las imágenes ridículas que contienen estos *versos*, esa alma que parece un almacén de música, llena como está de pianos, ni esa tortuga tan poética, ni esa luna que no debe ser luna sino más bien un taladro, por lo que agujerea la noche y la fronda, ni ese cuartenario atleta que le está por hacer alguna picardía al otro bicho, ni... nada ; quiero pararme, quiero que nos paremos todos á gozar de la armonía de matraca que tienen esos versos.

¿ Y estos otros ?

Aristas de mis parvas
Tupían la fortaleza silvestre
De mi semestre
De barbas.

Tienen tanta como el celebérrimo pareado del otro poeta :

Era tan fuerte el viento,
Que entraba por el ojo de la llave y apagaba las antorchas
(que alumbraban al Santísimo Sacramento

Ó como nuestra popular relación:

Ayer pasé por tu casa,
Me tiraste con un confite,
Y la sangre me corría á chorros
Como clara de huevo.

¿ Eh ? ¿ qué tal ? Si nuestro vate le pusiera la marca á esta estrofita orejana, no faltaría quien se la alabase.

Á título de curiosidad, no más, y para que se vea que Lugones al hacer sus versos no tiene intención alguna de decir nada concreto, y echa sus consonantes al azar, como quien tira un golpe de dados, voy á copiar el final de un soneto, como apareció hace algún tiempo y como lo inserta ahora en sus *Crepúsculos*.

1ª pelecha:

Y cuando por tu seno entró el estoque
Con la ágil sutileza de un *allegro,*
Brotó un clável bajo su fina punta
En tu jubón de terciopelo negro.

2ª pelecha, pág. 38:

Y cuando por tu seno entró el estoque,
Con argucia feroz su hilo de hielo
Brotó un clavel bajo su fina punta
En tu negro jubón de terciopelo.

Lo que prueba que el numen del vate va como los cangrejos, para atrás. Es mil veces peor la segunda pelecha, con su *hilo de hielo*, insoportable al oído, y su *argucia feroz*, que no puede ser, porque las argucias tienen de todo menos de feroces, y su verbo *brotar*, empleado como verbo activo cuando no lo es y el vate quiere decir *hizo brotar*, y su negro jubón de terciopelo, verso tomado íntegro casi de Amado Nervo, que dice en su soneto á Felipe II:

Y escondo como tú soberbio y mudo
Bajo el negro jubón de terciopelo
El cáncer implacable que me muerde, (1)

Aunque este desliz no es de extrañar en nuestro vate que rabia por parecerse á Amado Nervo, el cual decadente y todo tiene bastante delicadeza de gusto, para no andar revolviendo ropas sucias, lo que en todo caso, abona su urbanidad.

He repuntado en los matorrales de los *Crepúsculos* una majadita de imágenes á cual más disparatada.

Vamos á parar rodeo y á examinarlas, para aclarar el punto de si vale ó no vale la pena el suicidarse intelectualmente y pasarse la vida trabajando como un negro, martilla por aquí, lima por allá, para producir al cabo de los años mil, un puñadito de estrofas de combinación, cuya clave sólo tienen los iniciados, una media docena de Virgilios y Dantes, que comen verde por esos mundos (2).

Comienza el librito con esta mala redondilla:

Lector, este ramillete
Que mi candor te destina,
Con permiso de tu usina
Y perdón de tu bufete . . .

---

(1) Amado Nervo—POEMAS (1901) pág. 84.

(2) Entiéndanse laureles y esperanzas.

¿Entienden Vdes? ¿No? Yo tampoco lo entendía, pero me lo explicaron. Verán ustedes qué clarito es todo.

El poeta (esto va por hipérbole) ofrece al lector el manojo (él lo llama ramillete) de verduras de su libro, candorosamente, como quien ofrece con la mayor inocencia del mundo una víbora, creyendo ofrecer una anguila; pero desconfiando de que el lector, ocupado en cosas más útiles y más decentes que la de leer un libro así, lo mande con la música á otra parte, pide perdón al bufete y permiso á la *usina* (¡y llámese castizo á este afrancesado!) para robarles un cuartito de hora del tiempo que á ellos se destina.

Como se vé, lo del candor es un ripio barnizadito, como para que no aparezca tan ripio, porque si nuestro héroe hubiera ofrecido su manojo de hierbas con candor, no principiaría pidiendo permisos ni perdones, temeroso de molestar; el candor es ajeno á toda desconfianza y comete las más grandes indiscreciones con la mayor frescura del mundo, sin ocurrírsele meterse con los bufetes ni con las usinas.

Ya ven, antes de entender cuatro versos

malos, porque son malos de remate los pobrecitos, se necesita calentarse los cascos una media hora, escribir diez veces más que lo que se va á interpretar, para fijar las ocurrencias del ramilletero, y columbrar apenas, tras este trámite lo que ha querido decir ¡ válgame Dios! ¡ lo que ha querido decir, aunque no lo haya dicho! Con la agravante de que casi siempre la gracia de todo el pensamiento está en ser una simpleza de marca, como la del candor.

Este no es un defecto de Lugones ¡ oh, no! á esto se le llama *concisión* ¡ oh, Lugones, el conciso que en un verso dice lo suficiente para llenar un capítulo!

Sí, conciso como una tabla de logaritmos, ó como un despacho telegráfico.

¡ Ah, poeta, poeta! ¡ qué concisión es la tuya!

Tu escabrosa poesía
Como fórmula algebráica,
En una pelliza arcaica
Envuelve una tontería.

Comprendo que nos devanemos los sesos por interpretar un versículo de la Biblia que casi siempre tiene meollo, ó un endecasílabo del Dante ¡ pero hacerse mala sangre una ho-

ra entera para no sacar en limpio más que lo del ripiosísimo candor...!

Vale cien veces más una rima de Bécquer. escrita llanamente, desaliñadamente si se quiere, pero llena de pensamiento, de jugo que puede ser gustado por todo el mundo, sin necesidad de andar destripando diccionarios para interpretarla, que esa madeja lugoniana, enmarañada como quiscas de indio, infinitamente más que esa poesía laberíntica y quintaesenciada.

Prueba al canto ; allá va una rima de Bécquer :

Hoy el cielo y la tierra me sonríen,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol,
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado!
¡ Hoy creo en Dios !

Léase estos cuatro versos, este himno de amor, triunfante como un día de sol en primavera, lleno de ideas poéticas, lleno de alma ; saboréese ese extracto de poesía, que el más lerdo puede comprender y sentir, y después tráguese todo el fardo de pasto seco á que Lugones llama ¡ ramillete ! y á ver, si una vez siquiera sus 1500 versos son capaces de producir en el alma esa vibración simpática que produce la rima de Bécquer, ese entusiasmo

amoroso, noblemente amoroso... ¡ la he visto y me ha mirado! ¡hoy creo en Dios!... ¡Si hay allí un poema lleno de frescura y de sinceridad que no puede haber en el afligente y árido bardal de los *Crepúsculos!*

Lo de Bécquer es concisión, es sustancia; lo de Lugones es otra cosa: es un tasajo frío, putrefacto muchas veces, servido sin gracia y con ripios, como escabeche con municiones.

Y aparte de la oscuridad y de la trivialidad del pensamiento, á propósito de los *Crepúsculos* hay que notar algo muy importante.

La poesía... tiene que ser poética.

— ¡ Perogrullada! — dirá alguno.

—Concedido, perogrullada que conviene refrescar en la memoria, hoy que la manía modernista hace olvidar los viejos principios del buen gusto.

Para que una estrofa pueda ser eternamente bella, tiene que tener un alma íntimamente poética.

Todo lo que no produzca en el lector una sensación de pena, de entusiasmo de amor, de lo que se quiera, pero una sensación artística, algo que pueda hacer exclamar al poe-

ta *touché!* ¡tocado! ¡herido en el alma! será machacar en hierro frío, ladrar á la luna.

Hace dos mil años dijo Horacio: *si vis me flere, dolendum est primum ipso tibi;* si quieres hacerme sentir, siente primero tú.

¿Y cómo ha de hacer sentir nada Lugones que nada siente, ese cerrajero de la estrofa, que se pasa la vida machacando y machacando, forjando en frío sus enrejados de versos prosaicos y ridículos, torciendo y retorciendo la idea hasta darle justamente la forma de un tirabuzón?

¿No vale cien veces más el sólo verso de Bécquer, hoy la he visto ¡la he visto y me ha mirado! que todos los pensamientos retorcidos, alambicados, enfermos de epilepsis de los dichosos *Crepúsculos?*

¡Oh, la noble sencillez, la dulce naturalidad la expresión sincera, es la mitad del arte poético!

¿Quién puede sentir sino ganas de reírse del autor leyendo los siguientes versos?

> Bagatela jovial, sólo en la liza
> De algún fútil amor sufrió quebranto,
> Y ese lunar qué la individualiza
> Como el tilde á la i forma su encanto (1)

---

(1) Los Crepúsculos del Jardín, pág. 13.

¡A ver! ¿qué ha querido decir? ¿qué poesía puede tener esa imágen ridícula y tonta, que ni siquiera tiene el mérito de ser original del todo?

Musset, con un tono sutil de broma comienza su *Ballade á la Lune*, mil veces mejor por cierto que aquel desaforado *Himno á la luna* del vate *sub judice*:

C'était, dans la nuit brune,
Sur le clocher jauni,
La lune,
Comme un point sur un i.

¡Ahí está el punto sobre la i! ¿Y esto es lo que desentierra como una gran novedad el autor de los *Crepúsculos?*

Pero esto no es nada en comparación de otras imágenes más ridículas, v. gr. cuando con toda su prosopopeya de poeta de á 3 pesos el tomo, dirigiéndose á una muchacha que ha tenido la desgracia de enredarse en las cuerdas de su lira, le larga este solemne disparate, en esos versos de insoportable armonía que ha inventado:

Bien me acuerdo cuando eras doncella
Alta y fría como el Himalaya... (1)

(1) Pág. 111.

¡Ave María Purísima! ¡8.800 metros y 50° bajo cero! ¡Interesante la muchacha!

Y sigue con toda seriedad :

Alta. fría y bella

¡Y aún tiene coraje de llamarle bella á ese espantajo de 8.800 metros de alto !

Alta, fría y bella
En la altivez sajona de tu saya
Bella, fría y pura,
Y conservando en el alcohol de tu cordura
Ideas de nuera y dè aya.

Vamos á cuentas. Sería curioso tomar del montón anónimo de aplaudidores de Lugones, una media docena de esos tilingos inconscientes que se han desollado las manos batiéndolas y repitiendo en coro sus necedades, para pedirles que interpretaran al Maestro en pasajes como los del *alcohol*, y las *ideas de nuera y de aya.*

Sería curiosísimo llamarlos á concurso para que descifraran los enigmas de esa esfinge, así, á primera vista, como debe interpretarse la poesía que se lee en el idioma de uno, sin necesidad de recurrir á las Enciclopedias para averiguar el alcance de las palabras.

De cien no habría ni uno, que, sin hacer

estudio preliminar de los términos lugonianos, fuera capaz de interpretarlos cumplidamente.

La poesía que ha de leerse, diccionario en mano, nunca puede ser una poesía popular; nunca pasará de ser una fraseología afectada y pedante.

Leamos otros versitos:

El crepúsculo aguza lloradas emociones.
La tierra perfuma bajo el riego,
Y flota un mórbido sosiego
En el parque chisporroteado de gorriones.
Simplifica el Angelus pastoriles querellas,
Y florecen las estrellas
En tu Mes de María de las imperfecciones. (1)

Una de dos: ó esto es signo innegable de desequilibrio mental ó es señal de impudor artístico.

Porque no cabe suponer que de un cerebro sano pueda brotar esa ristra de despropósitos, si no es con plena conciencia de ellos, y por burlarse del público, que siendo de él lo traga todo.

Eso no puede ser nunca una expresión sincera del pensamiento.

¡Mes de María de tus imperfecciones!

---

(1) Los Crepúsculos, pág. 114.

No sé porqué se me viene á la memoria aquella humorada de Campoamor:

Para divertir su afán
Cantaba á su reja un loco:
«Unos aquí están por poco,
Y otros por poco no están».

Y á pesar de todo al que hace eso se le llama poeta á boca llena, como se le llamaría á Víctor Hugo, á Bécquer, á Campoamor . . .

¡Milagros del bombo mutuo!

¡Oh! abramos al acaso las obras de los verdaderos poetas y comparemos.

Leamos á Víctor Hugo, cuando arrepentido de haber blasfemado, clama á Dios:

«Considérez. . .

Qu'une âme ainsi frappée á se plaindre est sujette,
Que j'ai pu blasphemer,
Et vous jetter mes cris comme un enfant qui jette
Une pierre á la mer! (1)

Leamos á Víctor Hugo cuando pinta la infancia describiendo un niño que canta, en inconsciente regocijo, junto á la cama donde acaba de morir su madre.

La mère alla dormir sous les dalles du cloître;
Et le petit enfant se remit á chanter.—
La douler est un fruit. Dieu ne le fait pas croître
Sur la branche trop faible encor pour le porter. (2)

(1) Les Contemplations, t. II, pág. 36—Paris, Hetzel
(2) Id. t. I. pág. 62.

Leamos á Bécquer; todo el mundo lo sabe de memoria:

¿Qué es poesía, dices, mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? ¿y tú me lo preguntas?
Poesía . . . eres tú. (1)

Admiremos aquella deliciosa marina, magistralmente pintada con un solo rasgo:

Tu pupila es azul, y cuando ríes,
Su claridad suave me recuerda
El trémulo fulgor de la mañana
Que en el mar se refleja. (2)

Leamos á Campoamor en su célebre: «¡Quién supiera escribir!» cuando la muchacha ruega al cura que cuente á su novio.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz:
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz...
Que siendo por su causa ¡el alma mía
Goza tanto en sufrir!..
¡Dios mío! ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!... (3)

Leamos de Martínez Monroy sólo una re-

(1) Bécquer—Obras completas, t. III pág. 153—Madrid, 1904—Fernando Fe.

(2) Id, id pág. 147.

(3) Campoamor—Obras completas, t. I, pág. 45—Barcelona 1900—Luis Tasso.

dondilla, aquella en que con una sola pincelada describe la amistad :

La amistad es dulce y bella
Como el rayo delicado
De una estrella que á su lado
Deja brillar otra estrella. (1)

Leamos á Stecchetti, el popular poeta italiano :

O fiorellin di siepe all'ombra nato
Povero fiorellin no conosciuto,
Tu come l'amor mio sei disgraziato,
Tu come l'amor mio non sei veduto.
Senza un riso di sol morrai serrato
Tra queste spine dove sei cresciuto:
E senza un riso di speranza muore
Ignoto l'amor mío!... Povero amore! (2)

Y ahora ... después de haber *tomado la embocadura*, leamos á Lugones, que dice tras una confesión de amor á una rústica muchacha :

Y ante el sufragio de mi amor de pirata,
Y la flamante lozanía de mis carrillos,
Ví abrirse enormemente sus ojos de gata
Fritos en rubor como dos huevecillos. (3)

(1) Martinez Monroy—Poesías, pág. 79—Madrid, 1861—Leocadio López.

(2) Lorenzo Stechetti—Postuma, pág. 131—22ª edizione—Bologna—Nicola Zanichelli.

(3) Los Crepúsculos, pág. 196.

¡Fritos nos deja él con su imagen culinaria!

¡Y á *eso* se le llama poeta!

Hace ochocientos años, allá en los albores de la poesía castellana, cuando ni el metro, ni la rima, ni el idioma estaban fijados, un tal Gonzalo de Berceo hacía versos en *roman paladino*, que descoyuntados y todos tenían su armonía:

En el nomne del Padre, que fizo toda cosa,
Et de don Ihesuchristo, fijo de la Gloriosa
Et del Spíritu Sancto, que egual dellos posa,
De un confesor sancto quiero fer una prosa
Quiero fer una prosa en roman paladino,
En qual suele el pueblo fablar á su vecino,
Ca non so tan letrado por fer otro latino,
Bien valdrá, commo creo, un vaso de bon vino. (1)

No sólo un vaso, una pipa entera de buen vino, vale tamaño esfuerzo en siglo de tanta barbarie; pero la hazaña de nuestro vate no vale ni un jarro de mal vinagre.

Si se pensarían los que desde Berceo hasta Zorrilla, se han pasado la vida labrando y cincelando los versos para transformar el *roman paladino* y el alejandrino bárbaro, en el idioma más armonioso y en el metro más

(1) Biblioteca de Autores Españoles, t. XLVII, pág. 39.

flexible y grato al oído, del mundo entero, que á los ocho siglos, allá por los años del Señor de 1905, un Leopoldo Lugones, se iba á poner en la tarea de empujar para atrás el arte poético, haciéndolo retrogradar una docena de siglos en métrica.

¡Vaya con el redentor del metro castellano! Felizmente no le da el naipe para tanto, y el mundo cuerdo lo escucha y se ríe...

Y ante tanto y tanto y tanto disparate
Y tantas y ¡ay! tan ridículas maravillas
Vi fritas las genialidades del pobre vate
En tilinguería como un par de morcillas.





ALUIZIO AZEVEDO Y PÉREZ GALDÓS

Acabo de leer *Doña Perfecta* de Pérez Galdós.

¡Rara coincidencia! Hace dos días leí la última página de *El Mulato* de Aluizio Azevedo, en la Biblioteca de *La Nación*.

Y digo rara coincidencia, porque á no haber sido casi simultáneas ambas lecturas, creo que no habría observado la semejanza sorprendente de las dos novelas, la exacta correspondencia de los tipos que en ella figuran.

Voy á demostrarlo, sin entrar ni por un momento en las peligrosas honduras de la originalidad artística; quisiera alejar hasta la más remota idea del plagio, que siempre deja ver tímidamente la punta de una oreja en

las lotananzas imaginativas del lector malicioso.

Hago constar únicamente que *Doña Perfecta* es del año 76 y *El Mulato* del 80.

Y con todo, á no conocer estas fechas, si se ofreciera la duda, habría asegurado que Pérez Galdós, tomó de Azevedo los caracteres y hasta el argumento de su novela, tan vigorosos y sueltos se presentan en *El Mulato* los mismísimos personajes que se asoman descoloridos y algo enredados en *Doña Perfecta.*

En la novela de Galdós, cedámosle la primacía por su mayor edad, las principales figuras son las de Pepe Rey, Rosarito, el Canónigo Don Inocencio y Doña Perfecta.

En la novela de Azevedo son las de Raimundo, Ana Rosa, el Canónigo Diego y . . . en realidad hay otras, pero estas tres bastan.

Pepe Rey es un excelente joven, que frisa en los treinta y cuatro años; de complexión fuerte, arrogante, todo un buen mozo. Lo que más se admira en su rostro son sus ojos, que parecen negros sin serlo. Sobrio de palabras, no admite retruécanos en el pensamiento. No conoce la dulce tolerancia del condescendiente siglo que ha inventado sin-

gulares velos de lenguaje y de hechos para cubrir lo que á los vulgares ojos pudiera ser desagradable.

Este es en extracto la pintura que de Pepe Rey hace su creador. Lo que sigue no lo dice, pero se desprende.

Educado en el más revolucionario de los siglos, en todas sus observaciones se adivina un ardiente anhelo de ver renovado el mundo y hechos añicos los antiguos moldes de añejas conciencias, para fundir las modernas en modernos troqueles, con la marca del siglo. Mucho afán por regenerar al hombre, mucho amor á la humanidad, mucho desprecio por las creencias que á él se le antojan supersticiones.

Item más: es honrado, caballero y simpático. Cree en Dios y ha viajado mucho.

El doctor Raimundo José Da Silva, también ha viajado mucho y también cree en Dios, allá, en un Dios á su manera, dulzón y acomodaticio.

Tiene veintiséis años, es alto y elegante; aspecto de fuerza é inteligencia. El rasgo característico de su fisonomía son sus ojos grandes, llenos de sombras azules. Sus modales son cultos y sobrios, su manera de ha-

blar es en voz baja y sin vueltas, al pan, pan y al vino, vino, no importa qué efecto produzcan sus palabras.

Este es el retrato que hace el autor. Además se desprende que es hijo amante de su siglo, que odia la superstición, y por odiar la superstición, desprecia la religión; que quiere libertar las conciencias de los viejos yugos, sujetándolas, por supuesto, á los modernos; que quiere regenerar la humanidad y que ama al hombre.

En dos palabras: Raimundo es el mismísimo Pepe Rey, un poco más joven, y nada más.

Rosarito es una muchacha de apariencia delicada y débil, que anuncia inclinaciones á lo que los portugueses llaman *saudades*. No es precisamente hermosa, pero al verla tan dulce y tan modesta no se echan de menos las perfecciones de que carece. Es muy apegada á las cosas de religión.

Ana Rosa es una muchacha no hermosa del todo, pero linda y agradable; un poco soñadora, muy dulce, muy amante y muy religiosa.

Su edad es más ó menos la de Rosarito, á la que en resumidas cuentas es en todo igual.

El Canónigo Don Inocencio es un santo varón, algo más que sexagenario, viejo amigo de la casa, en la que su palabra es la más autorizada después de la de Dios. Hábil, sagaz, irónico y antipático, como suelen serlo todos los sacerdotes que inventan estos mansos novelitas volterianos.

El Canónigo Don Diego es otro santo varón, de sesenta años á lo menos, bastante ilustrado, bastante sagaz y bastante antipático. Muy amigo de la familia de Ana Rosa de la cual es consejero y para la cual sus consejos son leyes, y muy amigo también de sazonar su conversación con latines, exactamente lo mismo que Don Inocencio, al cual se parece como si los dos fueran jemelos.

Tenemos, pues, que los tres personajes principales de la novela de Azevedo son los mismos que figuran en la de Galdós.

Queda en la de ésta Doña Perfecta, madre de Rosarito, carácter amasado con religiosidad extrema, altivez y blandura, que así en junto, no tiene similar, digamos, en la novela de Azevedo, pero que podemos reconstruir amasando las cualidades que tienen por su parte Manuel Pescada, padre de Ana Rosa, y

Doña María Bárbara, su abuela, que suministra por sí sola toda la braveza y altivez y religiosidad del carácter de Doña Perfecta.

En la novela de Galdós hay dos ó tres personajes más que no dejan de encontrarse entre los doce ó trece que aún nos quedan en la de Azevedo.

Pero para la masa, tanto de *Doña Perfecta* como de *El Mulato*, tenemos ya la harina, la levadura y la sal.

Pepe Rey va á Orbajosa á conocer á su prima Rosarito, con quien debe casarse, por haber sido así dispuesto por sus solícitos papás.

La muchacha es de perlas; él, buen mozo; y es claro, se enamoran, y lo que antes fuera voluntad de los padres se transforma en anhelo de los hijos. El mismo día de la llegada él se lo dice, y ella le contesta, así, sobre el pucho, como diríamos en criollo, que lo ama, «que lo ha amado antes de conocerlo». Este detalle es esencial, el autor lo ha conocido y con él se cura en salud de los reparos que algún lector quisquilloso podría poner á aquel amor fulminante como el picrato de potasa.

Azevedo, más conocedor del corazón humano ó más paciente que Pérez Galdós para elaborar las pasiones de sus héroes, no nos sorprende á las primeras de cambio con una declaración tan inverosímil ; con todo su Ana Rosa es más adelantada que Rosarito, pues se le declara á Raimundo antes que el primo le haya dicho : «por ahí te pudras».

Pero el caso es el mismo.

En la novela de Galdós, Doña Perfecta favorece los amores de su hija con su sobrino, pero de golpe y zumbido, lastimada por una observación de Pepe Rey acerca de los inconvenientes de poner pantalones á los Niños Dios y azuzada por el canónigo D. Inocencio, que pone de relieve la irreligiosidad del sobrino, resuelve acortar la rienda á aquellos desbocados corazones y aún romper de una vez el noviazgo por ella amasado ; y en cuanto el rendido galán acude á solicitar la mano de la muchacha, la resquemada señora se la niega redondamente.

En la novela de Acevedo no hay ninguna Doña Perfecta que favorezca los secretos amores de Raimundo y Ana Rosa ; pero en cuanto trascienden afuera, las circunstancias

se nivelan: el padre de la muchacha y su abuela, azuzados también por el omnipotente canónigo D. Diego, se oponen y quieren cortarlos á todo trance, aunque por razones más sólidas que las de Doña Perfecta.

Los pespuntes de Pérez Galdós son muy flojos; el lector no halla razonable que la gran señora se entretenga en jugar á escondidas con los corazones de los muchachos, fraguando un matrimonio y rompiéndolo después por si fueron ó no fueron artísticos unos calzones puestos por ella al Niño de la Catedral.

La novela de Azevedo es de costura más firme.

Cuando el enamorado Raimundo pide á Manuel Pescada la mano de su hija, él se la niega, al principio sin decir porqué, después dando la razón: su hija no puede casarse con un mulato. Raimundo José da Silva, es hijo de una esclava.

Pepe Rey, furioso con la negativa de su tía, se muda de su casa y comienza á fraguar por cartas un plan para casarse con su prima, contra viento y marea.

Raimundo da Silva furioso con la negativa

de su tío, se muda de su casa y comienza á fraguar por cartas un plan para casarse con su prima, contra viento y marea.

En ambas novelas los dos padres buscan dos novios para sustituir á los desairados primos.

En ambas se insinúa el escándalo como callejón sin más salida que el matrimonio. Pero en la novela de Azevedo, mas cruda, el escándalo se vuelve un hecho cuando en la de Galdós no pasa de una murmuración.

Los dos pretendientes proyectan un rapto. La noche designada para ello, al llegar la hora, Ana Rosa, en una cruel indecisión, está á punto de revelárselo todo á su padre. Rosarito en medio de la misma crudelísima angustia, se lo cuenta todo á su madre.

Pepe Rey á media noche salta las tapias de la casa de su tía y penetra en la quinta.

Detrás de él viene Caballuco, un semibandido, á quien guarda en la casa D. Inocencio y á quien el poco favorecido canónigo ha lanzado contra Pepe Rey, lavándose antes las manos, como Pilatos.

Pepe Rey es muerto de un balazo por Ca-

balluco y se hace circular la noticia de un suicidio.

En la novela de Azevedo también se frustra el rapto, y también por la intervención del otro canónigo que hace sorprender por la policía á Raimundo.

Esa noche misma, vagando el desventurado por las calles, es muerto de un balazo por Díaz, el presunto novio de Rosarito, á quien ha armado y decidido el también poco favorecido canónigo D. Diego, que, como el otro, se lava las manos, aunque no lo haga notar el autor.

La muerte de Raimundo se hace pasar por un suicidio.

Las dos novelas están completas en su acción principal.

En las dos juegan las mismas pasiones: amor y ambición; en las dos enredan la trama las mismas intrigas: el fanatismo y el descreímiento; en las dos el escrúpulo es hábilmente sembrado por dos canónigos en el corazón de dos padres, que se oponen al matrimonio de dos hijas, con dos primos: iguales personajes é idénticos carácteres.

Otra casualidad: el teatro de la acción es

el pueblo de orígen de los dos primos, el Marañón y Orbajosa. Allí se les aisla, se les odia, se les arma intrigas, porque con su espíritu altivo, con su cerebro poderoso, con su corazón noble, hacen sombra á los vecinos ignorantes, taimados y vulgares de aquellos arrinconadas poblachones de provincias: pueblo chico, infierno grande.

Viendo tantas casualidades en las dos novelas, se me viene á la memoria el cuento de aquel palurdo que tenia la camisa llena... de casualidades.

La tesis en la novela de Galdós se resume en sus últimas líneas: « es cuanto por ahora podemos decir de las personas que parecen buenas y no lo son ».—Doña Perfecta.

El alma de la novela de Azevedo, es una candente diatriba contra los prejuicios de raza. —El Mulato.

Las dos me desagradan por su carácter de polémica anti-religiosa. En esto Galdós es tibio y disolvente; Azevedo es brutal y explosivo.

Pero como obra de arte prefiero *El Mulato* á *Doña Perfecta*.

Pérez Galdós es una de las grandes figuras

de la novela contemporánea española; su obra es colosal; ha sido traducido muchas veces; *Doña Perfecta*, no más, tiene á lo menos diez traducciones... y sin embargo (díganme blasfemo, trátenme de bárbaro los feroces adalides del naturalismo galdosiano, no importa) no puedo leer sin bostezar, sus novelones pastosos, chirles, en que su estilo desmayado, leñoso y flojo va envolviendo al lector en una niebla de aburrimiento desesperante. Confieso que para mí Perez Galdós es opio, en sacándolo de los *Episodios Nacionales* lo mejor de su obra.

Yo no sé si influirá en ello la parte material del libro, impreso en esa edición característica de las obras de Galdós, en papel amarillento, sucio lustroso, con tipos pesados, sin asomo de esa elegante resurrección elzeviriana que ha inundado la tipografía moderna, ediciones plagadas de errores tipográficos á pesar de anunciar en la carátula una *esmerada corrección* que no aparece.

Sus descripciones--exactas todo lo que se quiera—son abrumadoras, hechas á martillazos, en frío, como el gazpacho, sin amor de artista.

Los diálogos—reales todo lo que se quiera—son matadores.

Sus personajes no hablan como el común de las gentes: dicen discursos.

¡Qué enorme diferencia entre estos diálogos y los diálogos del inimitable Pereda, esos diálogos llenos de sangre, de vida, de nervios del gran montañés, en que tan de relieve se destacan aquellos impagables tipos de su tierruca!

Pereda es todo fibra y colorista eximio.

Coloma es vibrante, armonioso y subyugador.

Alarcón es elegante y ameno.

La Pardo Bazán es traviesa y cálida.

Pérez Galdós, frío siempre, en ocasiones amanerado, con sus tiradas de una pieza, sin articulaciones, peca mil veces de ramplón.

Adoro los estilos fluidos y calientes que corren como bronce derretido con música de campanas.

Adoro las plumas que graban como buriles en la imaginación del lector las figuras y los paisajes de sus creaciones.

Aluizio Azevedo es maestro en ello.

Al leer su *Mulato*, uno se detiene sor-

prendido y admirado de que aquel libro tan bien carpinteado como novela y tan bien escrito, sea obra de un cerebro de veinte años.

Es de lamentar hondamente que sea tan crudo en algunos de sus pasajes y tan brutal en sus accesos de hidrofobia anti-religiosa.



FAUNA SANTAFECINA

Hacia lo verdadero — Parrafos sugestivos escritos so color de postales y dedicados al bello sexo por el doctor Raúl R. Villarroel—Santa Fe — Imprenta La Artística de Virginio Colmegna...

Y nada más. No faltará quien crea que este título es demasiado largo, en lo cual yo no le encuentro razón porque el doctor R. R. Villarroel es muy dueño de hacer los títulos del largo que se le dé la gana, no habiendo ninguna disposición municipal que reglamente su longitud. En prueba de ello, le aconsejaría al doctor R. R. Villarroel que en la segunda edición de su «Hacia, etc.» lo estirara otro poquito.

Este libro que pertenece por entero al movimiento literario de Santa Fe, á su *fauna* diremos, ya que la *flora* la dejamos para los versos, es una colección de postales.

Es consolador para los del gremio, el ver á un joven abogado huír de ese campo de Agramante de los pleitos, despreciando el vil metal de los honorarios y otras gangas, para dedicar los días y las noches y hasta las madrugadas (cuando es larga la postal) á la instrucción de la más bella mitad del género humano.

Desde que leí *La Mujer* por Severo Catalina, creí que no se podría escribir para las niñas nada ni más instructivo ni más ameno. Pero el doctor R. R. Villarroel no lo ha creído así, y variando de método, en discursitos pequeños (pequeños para discursos pero no para postales) ha vaciado todo lo que sabe.

Y sabe muchísimo; y no hay nada más entretenido para una muchacha que el leerse una postal llena de cosas tan nuevas y divertidas.

Ejemplo: «*El gobierno ruso.* Señorita...

«¿Ha observado usted, señorita, la marcha actual de la Rusia?

«Ante todo al hablar de Rusia hay que distinguir entre pueblo ruso y gobierno ruso. El primero... etc, etc, etc.»

Una vez yo, cansado de recibir postales

sin contestarlas (entre paréntesis, no las devuelvo porque yo también colecciono ¡perdón señoritas!) y no sabiendo qué poner, quise imitar al Dr. R. R... etc. y me salió esta :

«Ha contado Vd. señorita los kilómetros que tiene la Cochinchina. Ante todo hay que observar que yo tampoco los he contado ; pero como hay muchos libros de geografía me es muy fácil averiguarlo.

«La Cochinchina tiene...»

Y acto continuo le descerrajé los kilómetros cuadrados y cúbicos que tiene la Cochinchina; el número, color, religión, educación, costumbres buenas y malas de sus habitantes, con sus nombres propios, apellidos, sobrenombres, domicilio, edad, sexo, bienes de fortuna, defectos y cualidades personales y sociales, el porcentaje de los nacimientos, de las defunciones y una estadística comparada de la longevidad de sus padres y de sus madres (de las de los cochinchinos) y una porción de cosas más, extraordinariamente nuevas, útiles y divertidas, para una muchacha bonita como la dueña de la tarjeta.

¿Que esto no era original? ¡Ay no! El Dr. Erre que Erre Villarroel es propietario del

género. Pero me di una vez siquiera el lujo de escribir una postal instructiva como las suyas.

Que tampoco son muy originales de él, porque pertenecen por derecho de invención (patente nº....) al señor Luis Bonaparte autor de aquella hermosa colección de postales instructivo-divertidas, que con tanto aplauso de Carrasco publicó hace algún tiempo.

Quizá por eso, para evitar maliciosas suposiciones de plagio, el Dr. R. R. Villarroel ha pedido al señor Bonaparte que le haga el prólogo y lo presente al público. Y he aquí lo que dice el Maestro del Discípulo:

«...tendría la honrosa satisfacción de presentarlo ante las gentes que leen... Pero los que leen conocen ya en la provincia y creo que también en la República á este hombre joven...

Estamos, pues, en presencia no de una celebridad municipal ó urbana, como podría creerse, sino de algo más dilatado porque la fama del Dr. en cuestión ha llegado hasta Santo Tomé, por lo menos.

Para probarnos que su ahijado es además un polemista tremebundo, nos cuenta que una vez dió un tremendo revolcón á uno de sus

profesores, jesuita, (¡qué discípulo aprovechado!) el cual çayó envuelto en su propia dialéctica de corte medioeval, (¡cómo serán las dialécticas de moda!) y avergonzado tuvo que pedir por Dios á la prensa que no siguiera admitiendo la lógica (¿admjtir la lógica?) templada y respetuosa pero abrumadora y sin vuelta del joven ex-discípulo.

¡Bien merecido! quién los metió á unos ignorantones como los jesuitas en camisa de once varas? ¡Ya me lo imagino al sabio y popular jesuita P. Luis Feliú, que fué el polemista, envuelto en su dialéctica de corte medioeval por su ex-discípulo! (El Dr. Villarroel entre paréntesis jamás ha sido discípulo del P. Feliú, y bien se le conoce, como asegura el Sr. Bonaparte).

Bien merecido; cómo se fué á meter él que no sabía ni escribir (1) entre los picos de la pluma eruditísima del Dr. Erre Erre Villarroel.

Más abajo dice el señor Bonaparte: Y lo corrobora además de su libro Ciencia y Fe, su

(1) El señor Bonaparte debería leer en El Amigo del Obrero las hermosísimas cartas «Á un Obrero» firmadas por Doroteo por ver si encuentra en ellas algo del corte medioeval.

brillante tesis sociológica para optar al doctorado.»

¡Ah, sí! Nosotros los estudiantes de la Universidad conocemos esa brillante tesis, como conocemos el no menos brillante examen de iden que rindió. Todavía me parece ver la cara estupefacta del profesor de Economía Política de la Universidad y oír las risitas de la barra cuando el Dr. Villarroel asentó con esa suficiencia que sólo da la sabiduría que el impuesto debía ser *proporcional progresivo* (!!!) que era como decir que la circunferencia debía ser rectangular ó el paralepído curvilíneo. (1)

Por cierto que sus amigos de causa (los del libre-pienso) que son lo más generosos, tuvieron el coraje de banquetearlo por ese brillantísimo exámen de tesis digno coronamiento de sus magníficos exámenes generales, (2) y por cierto también que el Dr. Villarroel no tuvo empacho en aceptar la comilona ¡así me las den todas, se dijo chupándose los dedos! para algo discurrí lo del impuesto pro-

(1) Véase la tesis del doctor Raúl R. Villarroel «Educación».

(2) Véanse los Archivos de nuestra Facultad.

porcional progresivo, y me tomé el trabajo de citar sin comillas los discursos de la Asociación del Profesorado!

El señor Bonaparte tiene razón en hacerle justicia al Dr. Villarroel proclamando sus talentos de polemista, de filósofo, de sociólogo, de literato, etc. Ya el Dr. Villarroel que es agradecido proclamará los de él. Apuesto cualquier cosa, á que no tarda ni una semana en llamarlo insigne ó algo equivalente. *Do ut des*, se llama esta figura : lávame la cara que yo te haré la barba.

El Dr. Erre que Erre es modesto; el verdadero mérito siempre lo es. Cualquiera creería que si publica el libro es por amor al metal sinvergüenza, que no siempre ha de ser vil, cualquiera creería que lo que él quiere es embolsar los patacones que le van á dar los libreros por su libro.

¡Injusticia! El sólo quiere instruirnos, es decir, instruirlas ¡á ellas! á nuestras futuras medias naranjas, ilustrarlas, llenar sus cabecitas frívolas de esa ciencia que á él le sobra, hablarles, de química, de física, de geología, de astronomía, de filosofía de Nietzche y Max Nordau, y sobre todo de los impuestos

proporcionales progresivos, sin dejarse sentir, como quien no quiere la cosa, en unos parrafitos admirablemente entretenidos y á propósito para tarjetas, postales, ¡ porque así son las muchachas ! beben la ciencia pero á gotitas como los colibríes beben la miel.

Ahora, de paso cañazo: dice que si el libro se vende, con el producto imprimirá cuatro tomos más ¡qué hombre abnegado! desbordantes de amor al prójimo, mejor dicho á las prójimas y á la ciencia.

¡Qué no se ha de vender! ¡A ver, señoritas santafecinas! ¡todas en corporación, todas á comprar el Hacia... (África, América y Oceanía) el Hacia lo Verdadero etc. Para vosotras será el bien. Instituid un premio á la que sea capaz de leerlo, pero de leerlo de veras, de cabo á rabo, con centinela de vista. Hay que fomentar el amor á la lectura. Y este será un amor único, un amor rayano en la abnegación.

Apuesto Dr. Villarroel á que en cuanto salga este artículo vende V. lo menos un ejemplar de su *Hacia lo...* ¡qué lástima que ponga V. los títulos tan largos!

Y hasta el próximo Domingo, que emplearemos en leer en público algunas de sus inimitable tarjetas.

LITERATURA DOMÉSTICA

LA MADRE DEL CORDERO

Si *Hacia lo Verdadero*, fuera un corderito, habría tenido una madre.

Su madre (la del cordero) sería en este caso un librito de postales del maestro en el género, el señor Bonaparte.

«Campoamor formó un libro ameno é instructivo con bagatelas, como él decía, escritas para los albums y abanicos».

Así comienza el señor Luis Bonaparte el prólogo de aquella obrita maestra de paciencia (de paciencia para el que quiera leerla) que él llamó *Sintéticas*...

—¿Sin qué?—preguntará el lector, poco avezado en las lenguas muertas.

—*Téticas*, lector amigo, es una expresión griega que significa *pies ni cabeza.*

La hazaña de Campoamor la quiso repetir

él formando otro libro ameno é instructivo con bagatelas cortitas, sustanciosas, divertidísimas y sobre todo muy á propósito para descerrajársela en una tarjeta postal á una muchacha. Las cosas kilométricas, explica el autor en el citado prólogo han pasado de moda; ahora el mundo es de los cortos (1). Por eso él dando de mano á todos sus trabajos largos inventó un género muy mono de trataditos científicos so color de postales, como diría el otro.

Sintéticas tuvo el éxito que merecía....

—¿Se vendió?

—¡No! ¡No por Dios! Esas cosas no se venden, se ofrecen en venta pero como no hay plata suficiente para pagar lo que valen, las ratas de las librerías se instruyen en ellas. Tuvo el éxito que merecía: encontró un imitador...

—¡Carrasco!

—¡Eso es! El muy zorro después de reírse buen rato y de hacernos reír á todos (¡las injusticias que uno comete!) á costa de las *Sin pies ni cabeza*, digo de las *Sin-téticas*, salió con sus *Luciérnagas*.

---

(1) De ingenio.

Y aquí sería la ocasión de filosofar acerca de la injusticia de las cosas humanas. Pues mientras Carrasco con sus *Luciérnagas* hizo furor convirtiéndose en una celebridad mundial, el señor Bonaparte, con tantos méritos como él, se quedó siendo lo que era, una celebridad doméstica ó casera ó algo así.

Y eso que si las *Luciérnagas* merecían el ruido que hicieron, las *Sinintelécticas* que fueron primogénitas no merecían menos, aunque cayeron en silencio en el osario de las cosas que fueron.

Hay pensamiento s que de leerlos sin firma no sabría uno á quien colgárselos, á Carrasco ó á Bonaparte.

Prueba al canto:

1er PENSAMIENTO

Oficial de afilador
Me parece el tiempo pierdes;
Hay un muro entre los dos
Esas uvas están verdes.

2o PENSAMIENTO

¿Mi firma? ¡Qué desacierto!
Incurres en un desierto
Al requerir tal anónimo:
Será la firma de un muerto
En el simún de tu homónimo.

—¡Á ver, á ver! ¿de quién es la primera estrofa!

—¡Qué gracia! es la más popular de Carrasco.

—¿Y la segunda?

—De Carrasco también; está cantando que es hermana de la otra.

—Pues no señor; ni prójima; la segunda es de Bonaparte—*Sintéticas* pág. 86—Á ver esta otra de quién es?

El beso en apariencia respetuoso,
La palabra, cortés tan solamente
Al parecer, la mirada de reojo
La mano todo denuncia amor.

—¡Pero si eso no es verso!

—Sí, señor, es una estrofa; el autor lo asegura. ¿De quién es? adivinanza bolanza que no tiene tripas ni panza.

—¡De Carrasco!

—No, no es de Carrasco: Carrasco tiene mejor oído.

—¡Ah! de Bonaparte.

—¡Tibio, tibio! pero no es de Bonaparte. ¿Se da Vd. por vencido, lector amigo?

—Me doy por vencido ¿qué penitencia me pone?

—Léase *Sininteléčticas* de cabo á rabo...

—¡Huy!

—Y *Hacia lo verdadero*...de rabo á cabo...

—¡Brrr...

—Y en la pág. 72 de este libro encontrará Vd. si llega vivo, la estrofita en cuestión que es del Dr. Erre Erre Villarroel, que también hace versos muy monos, como acaba de ver.

Vemos, pues, que fué nuestro don Luis Bonaparte el inventor del género que inmortalizó á Carrasco dejándole á él *incólume* ¡picardías del destino!

Y no se arrepiente de haberlo creado, no; antes bien se felicita de ello, (nos lo dice en el prólogo de los «Párrafos so color de pasto... digo, de postales») viendo que diarios y revistas de la República y de afuera han reproducido y reproducen las postales coleccionadas... y las reproducirán eternamente *per in sœcula sœculorum, amen.* Esto lo supongo ¡y ya es suponer! y me queda una curiosidad: yo querría ver esos diarios y revistas de dentro y fuera, que han reproducido y reproducen sus postales.

No es que yo no lo crea bajo su palabra ¡líbreme Dios! no es tampoco que yo juzgue

ni indigestas, ni inoportunas, ni soporíferas ni impertinentes las *Sininteléctica*s, ni que dude que haya en el mundo periódico que tenga el coraje de reproducirlas, ¡no, no! ¡Dios sabe cuánto admiro esas *Sintéticas!* Si por mí fuera, fundaría un diario sólo para servírselas á pasto á los suscritores, si llegaba á encontrarlos; nada de noticias, ni de telegramas, ni de política; *Sintéticas* y puras *Sintéticas*; hasta que se acabara el libro, y cuando se acabara volvería á empezar para que se divirtieran hasta él fin de los siglos, ó se suicidaran de desesperación los tipógrafos.

Si no hay nada tan ameno ni instructivo como las *Sininteléctica*s.

Apuesto á que cualquiera muchacha bonita es capaz de oividarse de la hora en que pasa el novio por leerse de un tirón y sin resollar esta postal de *Sininteléctica*s pág. 89:

Señorita . . . fulana de tal.

Coronda

Platón sostuvo la analogía existente entre el organismo individual y el organismo social. Comte, Hobbes y Spencer han constatado esa verdad en libros de sociología.

«Von Baer, Wolf, Harvey (¡los nombres

que sabe este hombre!) y el mismo Spencer determinaron respectivamente como verdad embriológica, que todo desenvolvimiento orgánico es un cambio de un estado de homogeneidad á un estado de heterogeneidad, conformándose á esta ley la evolución social.

«El génesis evolutivo, comenzado hace ya rato . . . .
. . . . »

No se puede seguir, el cajista se me ha dormido, y hace ya rato también se me está durmiendo el lector. ¡Qué injusticia!

Y son capaces de leerse de un tirón las ochenta novelas de Julio Verne. ¡Como si Julio Verne fuera más ameno que Bonaparte!

—¡Pero si son tan largas esas postales!

—Pero si no son postales, lector quisquilloso; son tratados científicos.

—¡Tratados científicos! Pero cuando una muchacha pide á un escritor una postal . . .

—Pero es que las muchachas no le piden á don Luis postales; él que es pura cortesía se las manda sin que se las pidan . . . ¡Bah! Ya sé lo que vas á decir, ¿qué porqué don Luis no espera ocasión más oportuna para soltar lo que sabe? ¡qué difícil eres! para instruir á las

muchachas no hay ocasiones; hay que hacerlas; hay que pedirles el abanico y endilgarles en él un discurso sobre Descartes, Hobbes y Spencer; probándole la inmortalidad del cangrejo, hay que aprovechar la manía de las postales y acribillarlas con postales filosóficas; y si no les gusta, que revienten.

Como verás el sistema es dispendioso porque á más de la postal se gasta el buen señor la estampilla y el númen, y la poesía, tanto que él mismo dice en la pág. 97 de las *Sinintelécticas:*

Escribo en Viernes Santo sin numen ni poesía

Y cuando él lo dice ha de ser cierto, y estoy creyendo que no sólo en Viernes Santo anda escaso de numen, sinó un día sí y otro también.

Pero la gloria exige estas abnegaciones pecuniarias.

¡Nos hemos descarrilado! el doctor Erre que Erre se nos ha quedado en el tintero.

Hasta el Domingo, pues.





VERSOS DE INVIERNO

El doctor Erre que Erre Villarroel ha sido nombrado profesor de filosofía del Colegio Nacional.

Aplaudo el nombramiento. El doctor Erre que Erre es un filósofo, un Platón; bueno no tanto un Platillo, un verdadero Platillo, y hasta puede que sea ese instrumento redondo que suele acompañar á los platillos.

Ya me parece estar viendo el programa de filosofía:

1er AÑO

BOLILLA I

Postal—Definición de la postal—¿Cómo definía Pitágoras la postal?—Diferentes sistemas postalográficos—Postales impertinentes—Postales inoportunas — Postales soporíferas — Postales kilométricas —Ejemplos tomados de nuestros clásicos, desde Bonaparte hasta Carrasco.

Por supuesto que el libro de texto en 1er año de filosofía serán las *Sininteléctticas*, y en 2º *Hacia lo*, etc.

Pero vamos al libro, lector. ¡Válgame Dios y qué vulgares somos casi todos los mortales!

Si no fuera porque de cuando en cuando, como quien dice de higos á brevas, nos sale una de esas lumbreras de la ciencia para alumbrarnos un poco esta mollera entenebrecida, viviríamos zambullidos en el error.

Desde Tolomeo hasta el doctor Erre que Erre Villarroel habíamos estado creyendo que la tierra era chata, y el cielo era de palo santo ó de cedro ó algo así, y las estrellas unas especies de clavos dorados y la luna una balsa en que cruzaban el cielo la Vírgen, San José, el Niño Dios y un borriquito, con otras porción de tonterías é ideas estrafalarlas que nos contaban los curas y que nosotros creíamos lo más natural del mundo.

Felizmente la Providencia se ha acordado de nosotros y nos lo ha mandado al doctor Erre que Erre para que nos desborrique un poco. ¡Dios se lo pague á la Providencia!

La tierra está en el cielo — Nos cuenta el doctor Erre que Erre en la pág. 62—«Ha reflexionado Vd. alguna vez sobre esta gran verdad de la astronomía?»

—No, doctor, yo no; con vergüenza lo confieso; jamás se me ocurrió; siempre había creído que la tierra estaba en un resumidero.

«¿Ha reflexionado Vd. etc.? En tal caso no tomará Vd. como el vulgo esta afirmación científica por herejía... sólo el vulgo ignaro continúa creyendo que el cielo es una especie de bóveda sólida en que están fijados el sol y las estrellas.»

¡Justo! lo que yo creía ¡ah, pedazo de vulgo ignaro!

Yo no sé de qué fecha será ese descubrimiento astronómico del doctor Erre Erre Villarroel, pero cuando él nos lo trae debe ser muy nuevo; *¡novedades, siempre novedades!* es su lema; las verdades son como los huevos; en dos semanas están cluecas.

«¡Oh!—exclama el doctor en la pág. 30—Si no tenéis nada nuevo que contarnos... callad al menos, dejad al pasado enterrar sus muertos.»

¡Eso! ¡lo que digo yo!

«Debemos esforzarnos, señorita
Por tener alas cual el pajarillo
Y aroma cual la flor.»

Dice en uno de esos versitos monísimos que él hace, y que tienen una gracia particular, imperceptible á simple vista. Y tiene razón: esforzarse por tener alas cual el pajarillo ¿no sería resolver el problema de la aerostación? Este hombre es un genio y lo deja chiquito á Santos Dumont y sus máquinas de volar; ¡qué máquinas ni qué niño muerto! ¡el pajarillo, el pajarillo!

Sigamos leyendo:

«Señorita: si algún dia es Vd. madre de familia . . . »

¡Ejem! ¡qué escabroso es Vd. doctor!

«Señoritas: cuando vosotras peinéis canas, vuestros hijos . . . »

¡Otra te pego! Pero doctor ¿no le han dicho sus libros que no es de buen tono hablarles á las muchachas solteras de sus hijos? !en que breñales nos mete Vd. doctor! La verdad es que no hay medio: ó se es escabroso, ó se es frívolo, piensa el doctor. Hay que hablar de todo á las muchachas, hasta dejarles los tímpanos como parches de tambor. Ya se irán acostumbrando, y si no se acostumbran que se fastidien. «Para versos de verano, ó cosas por el estilo—nos dice en la pág.

45—pueden dirijirse al doctor Carrasco.»

¡Claro! El doctor Erre que Erre sólo hace cosas serias y versos de invierno; porque supongo que esos versos (ó cosa por el estilo porque no lo parecen del todo) que hace Vd. son versos de invierno, ya que los de verano son propiedad de Carrasco ¿no es eso?

Leamos algunos versitos de invierno. Precisamente son de la estación.

Abro el libro en la pág. 71 . . . ¡Brrrrr! ¡qué frío!

Señorita . . .

¿Qué es lo que busca tu mirada ansiosa
Entre la bruma densa del futuro?
Yo lo sé hermosa niña:
Es que en la lontananza se dibuja
La dulce imágen.

¿Sí? ¡me alegro! ¡y que armonía gasta Vd. en sus versos!

Otro:

Señorita:

De las aves que vuelan
Me gusta el chancho
De las primeras frutas
Las empanadas.

También esta estrofita es muy armoniosa; tan armoniosa como la anterior; lástima que no es del Dr. Erre que Erre, aunque él es

muy capaz de hacer otras por el estilo, y las hace. V. gr.

Sé feliz en tu gruta cual mereces,
Niña adorable con el compañero
Que os depara el destino
Yo en tanto desde fuera,
Mis votos alzaré, porque haya siempre
Flores en tu camino.

¡Qué abnegado! Y sobre todo ¡qué discreto! Desde fuera alzará sus votos. No se irá á meter en la gruta; no, ni por un momento quiere distraer al compañero que *os depara el destino.* ¿No es hermoso esto? Casi, casi estoy viéndolo al doctor en la puerta de una cueva, alzando sus votos, como quien volea ladrillos, para que haya siempre flores en el camino de la niña.

Aunque á simple vista no parecen tan necesarias las flores del camino, si ella va á estar en la gruta.

¿Y qué diremos de este tratamiento mestizo de *vos* y *tú*, que nos recuerda el *oiga*, *che*, de los turcos?

Nada; diremos que ¡cuántas cosas dicen los buenos poetas en una sola estrofita! Sólo que algunas las dicen sin querer, y otras las quieren decir y no les salen.

Y eso que el doctor se ha dejado en el tintero los consonantes, porque le estorban: ya se vé, al que no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas. Pero no vaya á creerse que él prescinde de ellos; no, son ellos los que prescinden de él, y no quieren venir sino allá á las mil y quinientas, y como de mala gana.

Ejemplo: (á una prima)

> Amable niña: si mi amor de primo
> Puede en algo á tu dicha contribuir,
> Confiada llama al fraternal cariño:
> Siempre a tu acento lo verás vivir.

Bueno; pero no se vé la consecuencia, de que porque la amable niña llame al fraternal cariño de primo, que debería ser más bien *priminal*, ya va estar viendo vivir su acento.

Este genio ha descubierto la vida de los acentos.

Otra:

> ¡Oh, Dios! ¿quién te conoce?

Á cualquiera se le ocurre que eso de tutear á un Dios que no conoce, es demasiada confianza. Pero esto no se le ocurre á los poetas de invierno, que siguen tan campantes y tan sin gramática:

¡Oh, Dios! ¿Quién *te* conoce? Causa eterna
La ciencia *os* busca en vano:
Cuanto más te persigue más te alejas...
Y cuánto más te alejas más aumenta
Tu grandeza... y mi duda!

¡Y su gracia! porque hay que convenir en que estas estrofitas teológico-liberales sin consonantes y sin metro, tienen una sal ática admirable. ¡Cómo se quedarán de satisfechas las muchachas con unos versitos tan resalados y oportunos!

Otra papa á la olla:

Señorita . . .

. . . .

—Bueno ¿y qué?—preguntará el lector.

—¡Y nada más! ¿te parece poco todavía? Pues así está en el libro pág. 72. *Señorita fulana de tal* y abajo una línea de puntos. ¿Te has enterado lector? Así son los poetas de invierno.

Pues la postal que sigue no es menos ocurrente:

Señorita . .

Todo va allí...
Todo viene de allí...

—¿Y nada más?

—Nada más, y todavía es mucho, como

que pudo haberla suprimido, y haber suprimido toda la colección de *postales* y hasta haber suprimido su «Ciencia y Fe», y sus discursos y sus conferencias sin que nadie le dijera nada.

Humilde rancho en silenciosa calma
Arboles, yerba, azúcar, chocolâte,

¡Me he equivocado! no es así:

Humilde rancho en silenciosa calma
Arboles, yerbas, flores por doquier...
Bello paisaje, más no se halla el alma
¿Dónde está la mujer?

—¿Eh? !qué se yo! supongo que el dueño del rancho será soltero y no estará bien que tenga una mujer.

Y ahora para concluir leamos unos versitos de pié quebrado, ó más bien dicho de pié descoyuntado muy monos y llenos de gracia:

Du!ce, niña, que en la aurora
De tu día,
Inocente y confiada
Te asomas á los dinteles
De la vida,
Ojalá un cielo sin nubes
Te sonría
Ojalá no pases nunca
Por la senda
Donde la tormenta anida.

¡Qué hermoso y qué natural! Me parece estarla viendo á la tormenta clueca, echada en el nido, empollando los huevos de donde saldrán unos tormentines como unas perlas.

Esta tormenta particular me recuerda unos pájaros bobos de las sierras que hacen el nido en mitad de los caminos, expuestos á que el primer carro que pase les haga una tortilla de los huevos.

Y terminemos . . .

¡Ah! pero falta lo mejor. ¿Creerán Vds. que el Dr. Erre que Erre se ha contentado con perpetrar sus poesías en castellano? ¡qué esperanza! también las comete en francés. Lean ustedes:

Pensez—y, chère amie, á ceux qui souffrent,
Pensez—y, chère amie, á ceux qui pleurent,
Ne *restes vous* pas froide á l' injustice
Et remplirez votre mision humaine.

A un alumno del Colegio Nacional se le ocurriría en caso de meterse á perpetrar versos en francés, estudiar un poco de gramática, para aprender que el imperativo de *rester* (2ª persona plural) no es *restes* sinó *restez*, y que no debe llevar pronombre (restez *vous)* mientras que si lo debe llevar el futuro (et *vous* remplirez) y que el verbo *pensez* no es apro-

piado ni lo es tampoco el adverbio de lugar (y) para indicar una cosa, ni debe estar cuando la oración lleva complemento (á ceux qui souffrent), ni se deben hacer versos en un idioma que uno no conoce, cuando uno no puede hacerlos en el que conoce.

Esto pensaría un alumno del Colegio Nacional, pero el Dr. Erre que Erre es profesor y no piensa así y hace versos en francés, y lo deja á Víctor Hugo hecho un poroto á su lado, como que en su vida habrá hecho él nada parecido ¡qué iba á hacer!

No me extrañaría hallarme un día en una nueva edición del Diccionario Larousse, que suele estar tan bien informado, algo así:

R. R. Villarroel—Nacido en.... Muerto en...) Filósofo postal y economista poético y librepensador francés, discípulo del célebre Napoleón Bonaparte (1). Escribió poco: en verso sólo se le conocen cuatro endecasílabos, que bastaron para tumbar la gramática francesa. Es autor de una teoría económica acerca de los impuestos proporcionales

(1) Esto debe ser un error. El doctor Erre que Erre no fué discípulo de Bonaparte (Napoleón) sinó del otro Bonaparte.

progresivos, que hizo abrir mucho el ojo á los economistas de su tiempo. Como naturalista ha dejado la descripción de un ave americana que anida en los caminos por donde no deben pasar las niñas; la ha llamado *tormenta raulensis*. Escribía también en español y citaba sin comillas con mucha frecuencia. Una postalititis fulminante lo llevó al sepulcro.»

Y nada más.



A PROPÓSITOS DEL LIBRO

"PUNTOS DE VISTA"

DE

JUAN PABLO ECHAGÜE

Es un libro nuevo, hecho con una colección de artículos viejos.

«Querido hijo: Te mando una sotana nueva, que he hecho de una capa vieja de tu padre». Así escribía una lugareña remitiéndole la prenda á un hijo suyo estudiante de teología.

Maucci, nuestro gran editor, ha realizado el milagro de la aldeana, y debemos estarle gratos por el libro nuevo que nos ofrece.

Desde ahora, junto á las inconmensurables colecciones de obras de Carlota Braemé y Carolina Invernizzio, de epígrafes truculentos, cargados de electricidad como una bate-

ría de Bunsen, y de carátulas espeluznantes, veremos la sencilla carátula y el apacible título de esta obra, que, entre paréntesis, nada tiene de apacible ni de sencilla.

Antes de hablar del libro, impreso con más esmero que el habitual en las ediciones Maucci, felicitemos al editor y agradezcámosle el honor que hace á nuestra joven literatura al tomarla en cuenta, ya que hasta ahora le ha merecido un profundo desprecio, contrariamente á lo que le pasa á su colega, el valenciano Sempére, que hace tiempo viene editando obras argentinas con notable acierto y éxito lisonjero.

Maucci entra en vereda. «Puntos de vista» es el primer libro argentino que cubre con su pabellón cosmopolita. Los «Cuentos Fantásticos» de Troisi, editados el año pasado, no son felizmente argentinos, ni italianos; son simplemente.... atroces.

Esta vez Maucci ha elegido con gusto.

*
* *

En la novela «La Raza de Caín» de Reyles, hay una dedicatoria que dice más ó menos: «Dedico á la juventud de mi país esta obra dolorosa, pero acaso saludable».

Juan Pablo Echagüe ha podido parodiar esa dedicatoria porque su obra es para la juventud de su país, y su obra es dolorosa, amarga, amarga como el agua de Janos, pero como ella saludable.

Un lector extranjero, que no estuviera al tanto de la pobreza vergonzante de nuestra literatura, creería al leerla que su autor es un espíritu irascible, descontentadizo, un crítico bilioso de antiparras negras que todo lo vé negro como el fondo de su tintero.

Y sin embargo Echagüe es amable y entusiasta, y si su crítica es acerba casi siempre, es porque antes de ser entusiasta y amable, es independiente y sincero.

Infantil es un regocijo cuando puede aplaudir, como aplaude á Martín Gil, sin que ese aplauso le arañe la conciencia.

Pero un Martin Gil es «rara avis», y Juan Pablo Echagüe, dedicado como está á una tarea de bacteriólogo, estudiando las malas costumbres de tanto autor-microbio, como pulula entre nosotros, tiene que pasarse la vida inventando sueros y sinapismos fuertes para salvar el organismo blanducho y anémi-

co de nuestra literatura, donde los bichitos hacen su agosto.

Y los sinapismos de nuestro crítico pican de veras. Más de uno de sus clientes ha de haber tenido un mal rato de saludable escozor.

Juan Pablo Echagüe no hace la crítica por la crítica; hace la crítica por el arte, por la salvación del buen gusto. Por eso, mientras con una mano la emprende á zurriagazo limpio, con la otra va sembrando el consejo, haciendo la observación justa, inculcando el principio saludable.

Hoy que la crítica ha sido elevada casi á la altura de una ciencia exacta, por los grandes críticos franceses, (y también por un gran crítico español, aunque ahora esté de moda olvidarse de España: Menéndez Pelayo), la obra de Juan Pablo Echagüe, colección de artículos rápidos, simples notas bibliográficas, de poca profundidad, las más de las veces, parece deficiente.

Pero no lo es: para batir fortalezas están buenos los cañones de veinticuatro, pero para castillitos de naipes bastan algunos papirotazos cariñosos.

Y Echagüe, obligado á seguir el mendicante movimiento literario de nuestro país, no tiene delante de la artillería ligera de su crítica, más que vacilantes ensayos de autores-microbios.

Con todo, á veces cuesta un sentido enterrar ciertas endebles reputaciones, hijas del bombo mútuo ó de esos inexplicables caprichos del público, porque son tenaces como las viejas del agua, y se agarran con uñas y dientes al peñascal de la estulticia humana y protestan y se enconan y se defienden como Dios les da á entender.

¡Entonces hay que verlo á Echagüe! Su estilo rápido y flexible se vuelve más desenfadado y caústico y su frase irónica, con mucha sal fina y mucha mostaza picante en sus gráficas ocurrencias, adquiere una dualidad que á veces la hace parecerse á un florete y á veces á un látigo, y se hunde y pincha y fustiga y hiere, y los latigazos suenan como trallazos de carrero.

Así ha reventado Echagüe á más de una rana hinchada como un buey.

Pero es tarea difícil y enfadosa la que ha emprendido. No creo que haya nada más ve-

nenoso que la mordedura de un microbio intelectual, herido en su vanidad de autor.

Y al ejercer la clínica literaria hay que herir, herir sin compasión, aunque se deje el tendal.

La enfermedad que aqueja á nuestra joven literatura no es de las que se curan con agua tibia ni con pañitos calientes. Sinapismos, caústicos, hierros candentes y mucha ferroquina, porque está anémica además de estar sarnosa.

En uno de los artículos del libro en cuestión, á propósito de *Jettatore* y *Locos de Verano*, Juan Pablo Echagüe examina incidentalmente el asunto, y descubre dos causas graves del mal: «La reclame» (yo diría el bombo mutuo) y la falta de criterio y de gusto artístico depurado en la multitud».

Ahí está el busilis. Nuestro crítico, navegando contra viento y marea, encarna la reacción. Sembrando la buena doctrina estética, educa el gusto artístico de la multitud, y criticando sin compasión, y sin pasión, descubre la mistificación y tras ella, esa vergonzosa fábrica clandestina de reputaciones, que está sirviendo de rémora á nuestro progreso intelectual.

Es de esperar que en pocos años, si Echagüe no se cansa en la jornada, su crítica certera y sagaz con esa pujanza y fuerza moral que tiene todo lo que es sincero y justo, se habrá impuesto al criterio público, y habrá barrido con todo lo malo, que no es poco pedir, mientras llegue lo bueno, cuyas avanzadas se divisan ya.





"JURAR EN VANO"

Novela por Modesto Hernández Villaescusa

No sé qué sentirán mis lectores cuando ahogados por los miasma de la literatura malsana que caracteriza esta época de putrefacción, una ráfaga perfumada con el perfume de la naturaleza vírgen, les acaricia el rostro y pueden respirar á pulmón lleno aire puro, aire de mar, aire de sierra.

No sé qué sentirán cuando en la afligente exposición de la literatura universal, entre tanto y tanto cuadro angustioso, unos recargados de tintas sombrías en nombre de un naturalismo grosero, otros desteñidos en nombre de un modernismo insulso, divisan un cuadrito alegre, lleno de vida, de color, de luz, de sinceridad.

No sé que sentirán ellos; yo sé que me

siento arrastrado á querer al autor de ese pequeño prodigio de limpieza entre tanta suciedad artística, si puede llamarse artística aún por metáfora la suciedad.

Yo sé que me entran ganas de aplaudir como en un teatro, y correr y llamar á todo el mundo para que admire conmigo lo único que francamente puede ser hermoso: la luz. El placer artístico no es egoísta.

Jurar en vano es una ráfaga de aire puro en medio de tanto vaho; es un toque de luz en medio de tanta oscuridad; un cuadro sincero en medio de tanto convencionalismo, algo que levanta el alma en una época en que hay tanto que la deprime.

La novela del ilustre colaborador de *Vida Intelectual*, no es sin embargo un novelón á la antigua, lleno de luto, sangre, desolación, y moralejas; es un libro encuadrado en las tendencias realistas del siglo, pero en las tendencias sanas y naturales, no en las maleadas que corren por los cauces anti-naturales de la moda ó de la inmoralidad, que siempre está de moda.

Es una novela profundamente sentida, vivida, estudiada; una novela en que se estudian

las almas como estudia el pintor un paisaje, espiando los golpes de luz y los toques de sombra y acechando con ojo artístico el mejor punto de vista.

Sin aventuras maravillosas, sin perspectivas sanguinolentas, sin esos truculentos recursos del novelón á lo Perez Escrich, á lo Gaboriau, á lo Montepin, cautiva la atención con su estilo mágico y con la malla sutil de de la obra. Es un dulce cautiverio en que uno va sin escalofríos, sin sobresaltos, pero arrastrado irresistiblemente á buscar el desenlace, el más feliz de los desenlaces, ese que deja satisfecho sin decepción ni estafa, porque hay autores que estafan el desenlace.

Pereda, el príncipe de los novelistas españoles, el mago del color y de la línea, el modelo insuperable de dialogador, no tiene sin embargo el don de los desenlaces.

Veinte veces he leído *Sotileza* y veinte veces he tenido que hacerme la ilusión de un último capítulo que no vendrá nunca, por no sentir la realidad dolorosa de un gran autor que no tiene paciencia para esculpir el capitel de su obra.

Conozco una novela hermana de *Jurar en*

vano, por el arte esquisito y sano con que está hecha.

Aguas Primaverales de Turgueneff me ha dejado la misma impresión depuradora de *Jurar en vano.*

No es que sus argumentos sean iguales, ni siquiera parecidos; no es tampoco porque haya parentesco entre Turgueneff y Villaescusa; no sé, no he parado mientes en averiguarlo; pero seguramente no porque el autor de *Jurar en vano* tenga algún parentesco literario con el autor de *Aguas Primaverales*, se parecen sus obras. Se parecen, son como hermanas porque en ellas palpita el mismo espíritu, porque son la biografía de dos almas que hacen la confesión de su pasado. Se parecen también porque las dos están impregnadas de una melancolía encantadora, que ni por un momento degenera en esas melancolías desesperantes de estos psicólogos modernistas neuróticos, que se entretienen en pasar su difumino gris en el cuadro de las almas.

Se parecen porque en las dos, la última armonía que llega al alma del lector es un *¡sursum!* á los corazones, á los espíritus, á las ten-

dencias, y un odio á la mentira y al disfraz.

He dicho que en la novela de Villaescusa no se echa mano á los truculentos recursos del melodrama. Sin embargo hay en ella pasajes de una fuerza irresistible, que se leen suspendiendo el aliento para no perder ni el matiz de las palabras, como si se asistiera á una representación de Zacconi, el gran actor italiano.

Entre mil véase éste:

—«¡Dímelo de una vez!... Me has cerrado las puertas de tu corazón y quieres que adivine lo que pasa en él! ¿No te parece que es demasiada crueldad?

«—¡Ah, sí; soy muy cruel!.... ¡No son tus quejas ilusorias!

«—¡No, no lo son!—Exclamé procurando contener mis lágrimas para no humillarme más.—¡Bien patente es mi desgracia!

«Su rostro adquirió tal impresión de insultante menosprecio, que me heló el alma: creí que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera curarme de aquella sangrienta herida. Aparté los ojos presa de mortal angustia, y me senté desfallecida en un sillón: él comenzó á pasearse de un extremo al otro del aposento.

«—¡Eres tan egoísta,—me dijo al cabo de un buen rato—que sólo piensas en tí: los sufrimientos de los demás te tienen sin cuidado!

«¿Quiénes serán *los demás?*—me pregunté á mi misma—¿acaso sus parientes?

«Me asombré del giro que tomaban mis ideas; aquella tranquilidad en tan graves circunstancias me alarmó profundamente: no era natural.

«¡Dios mio,—exclamé con terror—no permitas que deje de amarlo nunca!

«Y me levanté, y me dirigí apresuradamente hacia él. Latía con violencia mi corazón, y estaba dispuesta á olvidarlo todo, y á sellar para siempre nuestra anhelada reconciliación.

«Por desgracia, estaba vuelto de espaldas, y al dar la vuelta, sorprendióse tanto de mi actitud, que dió un paso atrás, dirigiéndome una mirada indefinible.

«Me quedé muerta de espanto: esperaba que él corriera á mi encuentro, y se apartaba de mí con visibles muestras de asombro y de disgusto, como si le disgustara una escena tierna y cariñosa, como si, dominado por la venganza me hubiera cerrado ya su alma para siempre.

«Me rehice con violencia incontrastable: yo no sé lo que pasó por mi, pero mi idea dominante era que había perdido su cariño. Ambos habíamos rehuído entrar de lleno en la cuestión por un exceso de amor propio, y aquella maldita tenacidad acababa de abrir un abismo entre nosotros.

«Lo miré con altanería, y le dije:

«—¡Mañana partiré con la Condesa!

«—Obra como gustes; — me contestó — pero todo ha acabado entre nosotros. ¡Me vaticinaba el corazón que iba á perderte, y te he perdido!... ¡Que Dios tenga piedad de tí y de mí también!

«Aquellas terribles palabras me desgarraron las extrañas, por que sabía muy bien que las almas sinceras se juegan en ocasiones decisivas el todo por el todo.»

¡Qué intensidad de pensamiento envuelven tan sencillas palabras!

Al leer este soberbio final de capítulo irresistiblemente se viene á la memoria aquella amarga y fiel rima de Bécquer:

Asomaba á sus ojos una lágrima
Y á mi labio una frase de perdón;
Habló él orgullo y se secó su llanto,
Y la frase en mis labios expiró,

Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: ¿porqué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿porqué no lloré yo?

No quiero hablar nada ni del estilo gallardamente sencillo, fluído y elegante, ni de las magníficas descripciones que campean en la novela.

Villaescusa tiene un singular pincel y una paleta con todos los matices del arco iris para trasladar á sus lienzos los paisajes más hermosos de las montañas pirenaicas.

En síntesis: el más cumplido elogio que podríamos hacer de esta hermosa novela, es el deseo de que en cada matrimonio joven se la leyera como un Código del hogar, para aprender á conocer los arteros escollos del amor propio en que mil veces se ha estrellado la frágil navecilla de la ilusión y del amor conyugal.

Leyéndola se odia la ficción y se ama la sinceridad, y aparecen en toda su ridícula pequeñez de montecitos de arena, las insuperables montañas del amor propio.





POLIMNIA SACRIFICADA

Los caracteres del crímen no permiten pasarlo en silencio.

Aún sus padres desolados lloran á la gentil Polimnia. ¿La conoceis? Polimnia, la musa de la lírica, alevosamente desollada con la complicidad de una señora y una señorita, en dos postales perpetradas por uno de nuestros más fecundos *bates*

No se trata ahora ni del *bate* aquel que en la isla

Y en el espeso bosque
De los guindos, duraznos y los peros,

se pasaba las horas muertas haciendo versos chuecos, en complicidad con su amada, y diciéndole á la primavera:

¡Oh vuelve, vuelve, primavera! vuelve!

Como si la primavera fuese á sofrenar el pingo porque él la llamara en verso.

Ni se trata del *otro* que durante un mes en-

tero nos regocijó con sus alegatos en defensa de su descalabrada celebridad postalográfica, después de haber ilustrado á todas las muchachas del barrio con la sabiduría homeopática de sus postales.

No; se trata de otro más modesto, pero no menos meritorio, que comienza así su atentado antipoético:

(En la postal que contiene el retrato de la Sra. Ernestina...)

Nací cual vos, señora, en la Argentina
Cuando rebeldes al tirano Rosas
Del Guaraní las huestes valerosas
Pugnaban por la gloria correntina.

Lo cual es una linda manera de descubrirle la edad á la desdichada señora á quien asesta la postal, y que á las cuentas, debió nacer allá en la primera mitad del siglo pasado, en tiempo de Rosas.

Corrió sangre á torrentes. Ernestina:

¡Vaya si tiene gracia esta señora tomada de consonante!

Corrió sangre á torrentes. Ernestina
En las selvas de frondas primorosas
(¡Que tarjetas postales más ripiosas!)
Por eso son sus damas tan hermosas.

¿Si? ¿por eso? Pues no veo la consecuen-

cia, de que si ha corrido sangre á torrentes, Ernestina, las damas tengan que salir más hermosas.

Siendo tú la matrona más divina

¿La más divina? ¿entonces Vd., cree que en la divinidad hay grado? Eso es como decir: tú eres el *bate* más doctor de Santa Fe.

Pero no nos adelantemos; ahora viene el *doctor*.

Que perdone el fiscal doctor Osuna

Esto es poesía, extracto de poesía; ni á Víctor Hugo se le ocurre un verso más poético . . .

Que perdone el fiscal doctor Osuna
Si te aclamo: «Beldad—Rayos de luna...

¡Pero *bate!* V. está dejado de la mano de Dios; Vd. no tiene ángel de la guarda que le infunda buenas inspiraciones. ¿Qué tiene que ver la beldad con los rayos de luna, así, en plural y maneados con un guión como para que no disparen?

Si le digo: Señor, tu esposa es bella

Efectivamente, que perdone, porque después de haberle dicho que su mujer era *rayos*

de luna, en manojo, decirle simplemente bella, es casi una falta de respeto, ni más ni menos que si al Obispo le dijéramos sacristán.

Además, sépase *bate*, que un Señor con mayúscula es demasiado para un fiscal de Corrientes; así sólo se le dice á Dios. Y otra cosita; es bueno que refresque la memoria, para que conserve el mismo tratamiento á la señora desde el principio hasta el fin de la descomposición literaria y no la trate de *vos* en el primer verso para tratarla de *tú* en el octavo, á lo turco. Continúe:

Es más linda que Dios! Es una estrella!

Pero grandísimo *bate* ¡qué *bate* más desaforado había sido Vd! Cualquiera diría que está cansado de verlo á Dios y lo conoce como á sus manos. Y acá repito lo del sacristán que dije antes, por que eso de hacerla estrella después de haberla hecho más linda que Dios, es bajarla de general á cabo. ¡Qué sustos se llevará la pobre señora!

Y ahora venga el pareado final, que es la manera más usual en estos *bates*, como que es la más fácil, de acabar los sonetos.

Si esto es ser criminal..

No, señor; eso es ser inocente.

Si esto es ser criminal, rompo mi lira..

¡Ah, caramba! ¡si lo hubiera sabido! Sí, *bate*, sí, es ser criminal, rómpala; hágalo siquiera por el fiscal.

Pero lo dice el bardo y no es mentira.

¡Santo Dios! ¡qué tendrá que ver con las témporas!

Ahora cambia de metro, como quien cambia de cuchillo, y esgrime la décima para seguir charqueándola á Polimnia; ¡oh, la décima! es el fuerte del *bate sub judice*, como dicen los juristas.

Señorita Manuela..

Con exquisita cultura
Me pides un pensamiento!
Prueba es que tienes talento
Y amas la literatura.

¡Al contrario! Prueba de que esa muchacha no tiene ni pizca de talento y detesta la literatura. ¿Le parece que tendrá mucha caridad y amará á los pobres el que los lleve á su casa para soltarle los perros?

Me has puesto en grave apretura

No se conoce, dada la longitud del ripial que hilvana á continuación en prosa:

Pero espérame un instante

Voy á estudiar tu semblánte
Y tus ojos seductores,
Donde irradian los albores
De un intelecto gigante.

¡Pobre muchacha! Le está descubriendo la masa encefálica.

En tu frente nacarada
Con fulguración de estrella
Miro el alma de la bella
Vírgen casta, inmaculada,

¡Ave María Purísima! Es la trasmigración de las almas descubierta por este *bate* con *be* larga. Lo que no me explico bien es el papel del alma de la bella, Vírgen, casta inmaculada, clavada en la frente de la pobre chica. ¡Tiene unas ocurrencias el procesado!

Como rumor de cascada
Es tu sonrisa hechicera;
(¡Si su sonrisa es tan fiera
Qué será su carcajada!)

Esto no le dice el *bate*, lo digo yo y lo dirán los lectores; porque si la sonrisa que no tiene sonido por lo regular es tan estrepitosa, cuando se ría de veras tendrá uno que taparse los oídos con algodón en rama, como cuando se acerca á la catarata del Niágara.

Y siguen las comparaciones:

«Cómo la ilusión primera
Tus guedejas abundantes.»

¿Cómo?

«Cómo la ilusión primera
Tus guedejas abundantes.»

Repita ¿quiere?

«Como la ilusión primera
Tus guedejas abundantes.»

No entiendo, ¡qué ocurrencias más extrañas! en mi vida he visto una comparación tan estrambótica. Comparar unas trenzas más ó menos gruesas con una ilusión primera, es lo mismo comparar... vaya, la Imitación de Cristo con un fusil de chispa.

Y concluye:

Tus negros ojos quemantes
Como brasas de una hoguera

¿Diga *bate* ¿ha visto Vd. brasas de otra procedencia? Porque si todas las brasas salen de las fogatas, no había para que decirlo.

Nada *bate;* rompa la lira ó la guitarra ó el acordeón ese que usa; no lo llama Dios por

estos lados; déjese de charquear musas y si no tiene en qué ocupar sus ocios, dedíquese á un solaz menos carnicero, v. gr. á trenzar esterillas.





"MODOS DE VER"

Por MARTIN GIL

Uno de los últimos correos, trájome de la doctoral ciudad un hermoso volumen oliendo á tinta fresca, cuya estética impresión predisponía desde luego en su favor.

En nuestro país se produce poco, y, da grima decirlo, no todo es bueno.

Por eso, cuando topamos con un libro como Dios manda, el espíritu se refresca y el ánimo se aparta de ese pesimismo rutinario que nos impulsa á juzgar mal *a priori* de toda producción indígena, pesimismo que tiene su razón razón de ser en una triste experiencia.

El libro de que voy á hablar es de los que que son y pueden ser el único argumento que pruebe que nuestro país no es refractario al cultivo de otra clase de letras que las de ban-

co. Porque si entre nosotros la literatura no se presenta con la lujosa frondosidad de que hace gala en países privilegiados, al menos no anda tan de capa caída que no merezca tomársela en cuenta para nada.

Y esto, por obra y gracia de sólo dos ó tres espíritus independientes, libres de las trabas del convencionalismo y del mal gusto reinantes.

Si no recuerdo mal, Trueba comenzó su carrera literaria á los treinta y dos años. Cómo el célebre cuentista vizcaíno el autor de *Modos de Ver*, ha empezado la suya joven si, pero en la segunda juventud, perdido ya el gusto de la mamadera infantil.

Por eso sus obras tienen la esquisita lozanía de las frutas en sazón.

Hará cosa de dos años apareció en Córdoba una obrita titulada *Prosa Rural;* suscribíala una firma desconocida en el mundo de las letras: Martín Gil.

Y sin embargo aquellas páginas, las primeras de su autor, fueron una revelación; se leyeron, se discutieron, la prensa nacional tomó cartas en el asunto, esta vez con conocimiento de causa, la crítica afiló su bisturí,

niveló sus balanzas y con estos instrumentos diseccionó y aquilató el libro, hizo oir su autorizado dictamen, y el nombre de Martín Gil voló de boca en boca proclamado como el del representante más genuino y original de la literatura criolla.

Prosa Rural fué todo un éxito de librería; en menos de un mes, dicha pocas veces soñada en nuestros fastos bibliográficos, obtuvo los honores de la reimpresión.

Y no obstante *Prosa Rural* no era más que una colección de artículos, de los cuales casi ninguno encuadraba en límites propiamente literarios.

Si con aquel libro Martín Gil echó los cimientos de una envidiable reputación, con el presente le ha puesto un digno capitel.

Modos de Ver un hermoso volumen, finamente impreso en Córdoba en los talleres tipográficos de Biffignandi, es una colección de artículos originales, chispeantes, sabrosísimos, que si no recuerdan en su gusto las perfumadas mieles del Himeto, en cambio tienen el delicioso sabor de la lechiguana de la sierra.

Va precedido de un notable prólogo del conocido escritor Joaquín Castellanos, en que

éste de paso les da magistralmente en el mate á todos esos modernistas ramplones, panes ácimos de nuestra literatura, que á fuerza de elucubraciones gelatinosas y de serviles imitaciones á los decadentes franceses ó afrancesados, están haciendo de nuestra patria una sucursal del barrio latino de Paris.

Comparando *Prosa Rural* con *Modos de Ver*, vemos que el segundo representa un inmenso progreso con respecto al primero; de uno á otro hay un verdadero salto. En *Prosa Rural* el estilo de Martín Gil aparece un tanto recargado de una terminología criolla demasiado artificial para ser artística.

En *Modos de Ver* el mismo estilo, sin perder nada de su encantadora novedad, se deslinda, se acèntúa, se pule, se desbroza, se afina, apartándose de todo convencionalismo y adquiriendo un sello que lo distingue de todos, á travės del cual se vislumbra al escritor de cuerpo entero.

La naturaleza artística de Martín Gil si pudo aparecer simple y fácil de estudiar en *Prosa Rural*, en *Modos de Ver* es por el contrario complicada y difícil.

Como el brillante presenta innumerables

facetas, cada una de las cuales refleja la luz con un color distinto.

No vamos á hablar aquí de sus ideas filosóficas, que han dado ocasión á las brillantes cartas del eximio publicista doctor Pizarro y á las cáusticas respuestas del damnificado, y que han hecho entrar en el ajo á literatos tan distinguidos como el doctor Cabrera.

Esto es más duro de pelar que un membrillo verde.

La filosofía de Martín Gil, formada por la yuxtaposición de los principios más heterogéneos, tiene sin embargo un marcado sabor espenceriano. Las doctrinas tibias y demoledoras del pensador inglés han impreso honda huella en el espíritu del literato cordobés. Martin Gil no es ni puede ser crudamente materialista; es indiferente, de esos que hacen ¡psh...! y se encogen de hombros cuando se les habla de ciertas cosas, que no debieron haber olvidado, puesto que las mamaron con chupón; es escéptico con su dejillo de volteriano mansito; ha visto nacer en su corazón el árbol de la duda y prendado de sus frutos dulzones y de engañador aspecto se complace en regarlo, en carpirlo, en podarlo, en cultivarlo solícita-

mente, no se vaya á morir el pobrecillo.

Martín Gil enamorado de la ciencia como las mariposas de la luz y encandilado por sus resplandores, ha incurrido en el error tan común de mutilarla cruelmente, no dando patente de tránsito á otras ciencias que las que tocan inmediatamente á los cuerpos y olvidándose de las que abarcan el mundo del espíritu.

Sería necia terquedad empeñarse en no reconocer los adelantos inmensos de las ciencias físicas, en general, pero no se debe olvidar que si en balística, en mecánica, en química, estamos á cien codos por encima de nuestros abuelos, en filosofía y sus adyacencias, como diría un baturro, estamos estancados, no les damos ni al tobillo, y éstas son tan ciencias como las que más.

Pero justo es confesar que Martín Gil es sincero y que su error consiste en su *modo de ver*. Amante de la verdad le busca ávidamente en el mundo exterior, pero sus observaciones hechas á través de un criterio singular reflejan en su mente conceptos que en realidad no corresponden á los objetos estudiados; observa, pero el cristal de su anteojo no es plano, es un prisma que descompone las imá-

genenes; Martín Gil anota cuidadosamente sus observaciones, pero como mira las cosas á través de un espectrocopio; allá salen ellas. La moraleja de *Pato hediondo*, uno de los artículos del libro en cuestión, clama contra los prejuicios, y á pesar de esto no es el autor de *Modos de Ver*, quien puede tirar la primera piedra.

¡Caracoles si tiene prejuicios!

Dando de manos á estas cuestiones más espinosas que un alambrado de púas, hablemos del literato, dejando á otros el cuidado de estudiar al filósofo.

Martín Gil es realista por principios estéticos, pero con un realismo sano, completamente ageno al naturalismo burdo, grosero, repugnantemente, que ya, á Dios gracias, por su estado de putrefacción va desapareciendo.

Martín Gil tiene en su paleta de pintor los más delicados matices de la escala cromática, y si sabe pintar un paisaje con cuatro pinceladas magistrales, dignas del pincel de Pereda, puede así mismo bordar una página de la más preciosa filigrama.

Su pluma tiene una flexibilidad maravillosa; ya nos regala con una serie de cuadros

tan hermosos, tan llenos de luz, de color, de realismo artístico, como el *Cinematógrafo campestre*, ya nos encanta con sus fantásticas personificaciones de la naturaleza, como en *Diálogo nocturno*.

El ingenio chispeante y original del autor de *Modos de Ver*, tiene gran parentesco con el ingenio de Selgas, el delicado literato español; y su fantasía poética tiene en mi sentir, gran afinidad con la fantasía de Bécquer; porque Martín Gil, y esto se lo digo al oído para no herir su modestia, es poeta, tan poeta como el autor de *Las hojas secas*. Hay en *Modos de Ver* cuadros tan delicadamente sentidos, páginas tan hermosamente cinceladas, que de haberse escrito en verso serían bellísimas poesías.

Y he aquí porqué, en mi opinión, no puede ser torpemente materialista, como con alguna injusticia lo ha calificado el ilustre escritor doctor Pizarro.

Un individuo que con toda sinceridad expresa lo que siente, y que sabe sentir tan idealmente la naturaleza, viendo en las cosas corpóreas algo más que el encuentro casual de los átomos, debe forzosamente creer en

alguna causa suprema. Martín Gil es deísta, como lo confiesa en su hermoso artículo «*Espíritus en quiebra*», que tanta bulla ha hecho, quizá por interpretársele mal, y el deísmo está reñido en absoluto con el crudo materialismo.

Otra de las fases artísticas del autor del libro que estudiamos es la que llamaremos flammarionesca.

Bajo el transparente cielo de Córdoba, siempre azul, siempre hermoso, siempre estrellado, todos cual más cual menos, hemos sentido las nostalgias de lo infinito, todos hemos sido astrónomos.

Martín Gil, poseedor de un magnífico telescopio que no ha mucho tuve ocasion de admirar, cuando se cansa de las pequeñeces de esta bola sin manija que llamamos tierra, porque todo en ella es barro más ó menos pegajoso, se abisma en la contemplación de las grandezas siderales.

Dueño de conocimientos astronómicos nada comunes, y dotado de una exhuberante fantasía, no pierde ocasión de dar con sus lectores un paseísto imaginario por los campos celestiales.

Tiene en su libro artículos dignos de Julio Verne y que Flammarion podría firmar si no tuviesen la marca de fábrica que Martín Gil deja impresa en todas sus chispeantes elucubraciones.

Si siguiendo la huella de los originales novelistas, que como Edgar Poe, Julio Verne y Camilo Flammarion han realizado en sus libros excursiones por los astros, el autor de *Modos de Ver*, se dedicara al género y nos regalara una novela *celestial*, tengo para mí que, á más de enriquecer nuestra literatura en quiebra, encontraría un filón, si no de oro, metal despreciable, aunque... apetecible, al menos de inspiración y de gloria.

Es ese en mi pensar el rumbo que debe seguir el ingenio original y flexible del autor de *Modos de Ver*.

Ahora sólo me resta augurar al libro un éxito completo y terminar con una frase astronómica, con permiso del observatorio cordobés.

El telescopio de la crítica ha descubierto en el despoblado cielo de la literatura argentina, entre un cardumen de pedruzcos más ó menos considerables, un astro de primera

magnitud, dotado de luz propia y cuya órbita se trata de determinar.

Dios quiera que sea grande y salga de los trillados caminos del mal gusto por donde voltea en procesión esa cáfila de asteroides atorrantes, oscuros y ramplones.

Santa Fe, 1903.





EL JUDÍO

I

No hay nada tan injusto como las maldiciones que pesan sobre las razas.

La raza de Samuel era maldita. Llevaba en la frente el estigma con que el mundo había marcado al pueblo deicida.

Samuel era judío á pesar de haber nacido en los repliegues de las sierras cordobesas. Judío porque sus padres habían visto la luz en Polonia, en un pueblo de judíos.

La desgracia los arrojó á las playas argentinas; la fatalidad los internó en el corazón de la República.

En el pueblo donde establecieron su pequeño comercio los odiaban porque eran buenos, pacientes, dulces. Un judío no tiene derecho á practicar las virtudes que no practican los demás hombres. Esto es evidente.

También los odiaban porque eran laboriosos y honrados y su fortuna crecía. Un judío no debe enriquecerse. Esto es justo.

El odio es como el fuego; si no se apaga crece.

El odio de los habitantes del pueblo hacia los honrados judíos, iba creciendo con su fortuna. Era necesario arruinarlos.

Una noche el padre de Samuel se despertó á los mujidos de las vacas del establo; abrió la puerta y una bocanada de humo sucio y acre le cortó la respiración: su casa ardía. Vió la silueta de un hombre que saltaba la tapia, cogió un fusil, apuntóle á la luz del incendio, hizo fuego y el hombre cayó redondo.

El judío era un asesino. La justicia del pago intervino, sumariósele y fué á dar con sus huesos en una inmunda pocilga que llamaban cárcel.

Sabe Dios cuántos años habría estado pudriéndose allí; pero una mañana al entrar en el oscuro calabozo, el carcelero tropezó con un cuerpo que pendía de las vigas del techo: el judío se había ahorcado la noche antes.

Dejaba una viuda, mujer hermosa entre las hermosas y un niño. ¿De qué vivirían?

Su comercio estaba arruinado; su casa era un montón de escombros ennegrecidos por el humo del incendio. La caridad de los cristianos sería sorda para la familia del judío.

La maldición que pesa sobre el suicida, cae sobre la sangre de su sangre.

La madre sacó fuerzas de flaquezas para alimentar á su hijo. Trabajó.

El pedazo de tierra que aún poseía, menos duro que las entrañas de los hombres, trocóle en frutos el sudor de su frente.

Aquella mujer que tenía en su rostro la ardiente hermosura de las hijas de la antigua Jerusalem, vió su belleza marchitarse poco á poco en la lucha con el dolor y la miseria.

Cuando Samuel estuvo en edad de ayudarla, empuñó la azada y trabajando juntos la faena se hizo menos ruda; pero ya la salud de su madre era tan débil como la llama de una bujía.

Una mañana la fiebre la retuvo en el lecho. Conoció que no se levantaría más.

Samuel fué en busca de un médico, pero era pobre; ofreció pagar sus servicios con el producto de la cosecha, pero como entraba el verano y aún faltaban tantos meses para

que las mazorcas de maíz estuvieran en sazón, el médico sacudió sonriendo la cabeza.

Cuando vendas la cosecha ven á buscarme; dile á tu madre que procure tirar hasta entonces.

Y Samuel ébrio de dolor y maniatado por la impotencia, vió morir á su madre.

Cuando quedó solo, sin amparo, sin una cara amiga que le sonriera, sin una mano que le sostuviera, odió la vida y pensó morir.

II

Pero á esa edad el dolor no mata. Samuel tenía veinte años.

Hijo del dolor, criado entre miserias, su cuerpo se resentía de los golpes que su hogar había sufrido en su infancia.

Su madre le decía que era muy hermoso, pero en realidad era feo, muy feo; era un Cuasimodo.

Era raquítico. Sobre su endeble cuerpecillo de niño de diez años, sosteníase una cabeza desmesuradamente grande, afeada por desarmónicas facciones.

En las raras ocasiones que se acercaba al pueblo, su fealdad provocaba la crueldad de las muchachas; se reían de él con una risa que lastimaba al pobre judío mucho más que las pedradas con que le perseguían los chiquillos como á un animal sarnoso.

Y al verlo impasible recibir las injurias y soportar los insultos sin que la pincelada del dolor se dibujara en sus labios, decían todos: ¡Es un idiota! ¡no siente, no sufre!

¡Ay! Bajo aquella máscara de indiferencia glacial rugía el oleaje de la amargura, como en el polo bajo los helados témpanos ruge aprisionado el mar. Y las olas amargas subían anegando el corazón, hasta que rebozando la copa se deshacían en lágrimas.

Un día lloró.

—¡Llora!—dijeron los chiquillos riéndose

—¡Idiota!—respondieron los grandes.

Pero el judío no lloraba, no podía llorar, hubiera sido un consuelo y no quería tenerlo; no tenía derecho sobre las lágrimas que son el patrimonio de los hombres; las bestias no lloran.

Desde entonces, cuando la burla soez le lastimaba el alma y la copa de la resignación

estaba á punto de desbordarse, rechazado por los hombres, corría á refugiarse en los montes, como un jabalí herido.

Allí al menos podía llorar sin que le dijeran idiota.

Paria del destino, fué poeta.

Sintió latir bajo la grosera corteza de su cuerpo un cerebro poderoso y un corazón gigante.

Amó los árboles, amó los peñascos, amó los torrentes, las montañas, el universo entero.

Amó á Dios.

III

Pero su corazón tenía sed de algo más, que él presentía de un modo indefinible.

—¿Qué será? —exclamaba estrechando entre las manos su cráneo que amenazaba estallar bajo la presión de sus pensamientos —¿qué será?

Pronto tuvo la explicación del enigma.

Mediaba la primavera. Los montes, los valles, las quebradas, semejaban una canasta de flores. Mil arroyos formados por las últi-

mas lluvias, descendían por las perfumadas laderas riéndose con risa de cristal; y los pájaros columpiándose en bandadas sobre las ramas recién brotadas de los árboles, llenaban el monte con los primeros ensayos de sus orquestas.

—¿Qué será?—se decía Samuel—que ni la hermosura de la estación apaga esta fiebre que abrasa mi alma y tortura mi corazón, ¿qué será que minuto á minuto la siento más ardiente y poderosa?

Y corría trepando las agrias cuestas, deseando cansar el espíritu á la par del cuerpo.

Pero su espíritu no se cansaba. Había entre las frondas detalles que despertaban más punzadores sus sentimientos. Á cada paso encontraba pájaros embriagándose en caricias y en músicas y en gorgeos; en cada rama hallaba niditos escondidos inocentemente de las indiscretas miradas de los extraños, suaves, tibios, brindando halagos á sus dichosos dueños.

Sobre el monte flotaba un velo impalpable de cariño; por todas partes palpitaba el amor.

Y el pobre judío, el paria de la suerte, el

desheredado, el idiota, se apretaba el cráneo murmurando:

—¡Dios mío! ¿qué tiene que ver esto conmigo? ¡qué será!

Al llegar á la márgen de un riachio cercano al pueblo, donde las muchachas acudían todas las tardes á lavar, se detuvo; sentíase el ruido de la pala que golpeaba la ropa mojada. Alguien estaba allí; era huraño y no quería ser visto.

Pero un irresistible impulso de curiosidad lo arrastró.

Acercóse con cautela, apartó las ramas de un matorral que le ocultaba lo que quería ver y miró.

No había nada de particular. Era una muchacha que se había adelantado á la hora de costumbre para despachar el exceso de tarea que le cayera aquel día.

Samuel quiso retirarse, pero siguió mirando. Desde su sitio la veía de perfil; era trigueña, sus mejillas frescas estaban teñidas por un rosado de salud, como sólo se vé entre las hijas de los campos; su cabellera oscura y brillante, apenas recogida en una trenza, le acariciaba la espalda.

Tendría... Samuel empezó á echar cuentas ¿qué edad tendría aquella muchacha? Á punto fijo no podría decirlo, pero...

La serie de los pensamientos del judío se cortaron en seco. La muchacha había vuelto la cabeza y para arreglarse el cabello que le cubría la mitad de la cara, púsose en pié, volviéndose de frente hacia donde estaba Samuel.

Este sintió que una oleada de primavera le invadía el corazón haciéndole vibrar fibras mudas hasta entonces. No dió un grito por no ahuyentar su visión, pero quedóse extático mirándola

¡Qué linda era! Tendría diez y seis años; era esbelta, graciosa, elegante, porque la elegancia no es patrimonio sólo de las aristócratas.

Su rostro ovalado tenía ese sello angelical que distingue á la niña de la mujer formada; sus ojos eran negros, grandes, rasgados; su nariz pequeña y perfecta; su boca breve, fresca y roja como el corazón de una granada en sazón. Las mangas arremangadas dejaban ver sus brazos desnudos, torneados, mórbidos y sus pequeñas manos que se hundían en las

ondas de sus cabellos descubriendo la frente ancha y noble.

En suma. Si aquella muchacha no era lo que en los salones se llama una belleza, tenía toda la gaya frescura y todos los perfumados encantos de diez y seis primaveras juntas.

Los veinte años de Samuel se despertaron á su vista como veinte granaderos al toque de diana; sus cuatro lustros se inflamaron como un reguero de pólvora. Miraba y seguía mirando sin saciarse.

Su retina debió impresionarse como una placa fotográfica, porque guardó la imagen de la muchacha hasta largo rato después qne ella se fué con su atado de ropa blanca sobre la cabeza.

Entonces abandonó su observatorio. Trepó de nuevo la ladera; llegó á la cima de la loma, y sin volver los ojos al pueblo que se divisaba en el fondo del valle, encerróse en su casucha.

IV

Aquella noche el judío no durmió ¿porqué? él mismo no lo sabía. En su cerebro desfila-

ban como en un caleidoscopio las escenas de su vida miserable, de aquella vida vacía de afectos y preñada de desventuras que llevaba desde la muerte de su madre.

Y ahora, sin embargo, sentíase lleno de una alegría de vivir.

Un no sé qué inexplicable, algo fresco y dulce como una racha primaveral, le había refrescado el alma.

Sentimientos desconocidos hervían en su corazón.

Calcinado de impaciencia y de nerviosidad, abandonó el lecho y salió de su rancho para aspirar el aire puro de los campos.

La noche estaba espléndida. Parecía que el universo dormía entre los pliegues del manto azul de una maga.

La luna como un broche de diamantes que sujetara la inmensa tela, brillaba solitaria en lo alto de los cielos.

Los ojos de Samuel descubrían en el paisaje de siempre bellezas desacostumbradas; y sus oídos percibían en los rumores de las frondas y en el canto estridente de los grillos, músicas jamás oídas.

Miró hacia el pueblo; ni una luz brillaba en

él; las casitas blancas alineadas, doradas por los melancólicos rayos de la luna, envueltas en solemne quietud parecían los nichos de un cementerio.

Samuel lo contempló largo rato con cariño, por primera vez.

Después, cansado de velar, sintiendo más tranquilos sus nervios y su pensamiento, entró en su casucha, acurrucóse en el lecho y se durmió feliz, soñando... ¿en qué soñó?

Debió ser en visiones deliciosas, como las que le visitaban en su infancia, porque á la mañana siguiente, cuando los rayos del sol penetrando por la ventana le dieron en los ojos, despertóse disgustado, como el niño á quien arrebatan un juguete, pugnando en vano por reconstruir los esfumados contornos de su sueño.

Á medida que el día adelantaba acercándose la hora de la siesta, sin saber por qué, sentíase intranquilo; esperaba algo que temía que no llegara. Tenía ansias de volar al observatorio de la tarde anterior, para ver de nuevo la imagen que le había hechizado.

Así, en cuanto el sol llegado al cenit empezó á descender por el opuesto cuadrante,

corrió al matorral de donde podía ver sin ser visto, apartó las ramas y miró... No había nadie.

—Aún no ha venido—se dijo para atenuar su desconsuelo.

Esperó. La muchacha aquel día como el anterior, por demasiada tarea ó sabe Dios por qué, se adelantó á la hora en que venían á lavar todas las mujeres del pueblo.

Samuel la vió llegar sola, gallarda, elegante, con el atado de ropa al brazo, cimbrándose al andar como los mimbres del arroyo acariciados por la brisa.

Cuando se acercó, el ruido de sus pasos llenó de armonías su pobre corazón.

Dejó su atado en el suelo, arremangóse la bata descubriendo sus torneados brazos, recogióse un poco la falda para no mojarla, y sentándose eu la margen del riacho, empezó valientemente su tarea.

¿Cuánto tiempo estuvo lavando?

Samuel llevaba la cuenta: cinco minutos á lo sumo, á juzgar por la sed de contemplarla que aún sentía.

Ella habría jurado que una hora, pues estaba cansada.

Hacía calor. No eran las dos de la tarde hasta las tres, hora en que por lo común, y aún más tarde, solían llegar las lavanderas, tenía tiempo de descansar un rato; no se dormiría; resistiría á los halagos del sueño.

Estos cálculos debió hacerse la muchacha, que se levantó, tendió la ropa lavada en las ramas de los matorrales para que se secara, buscó la sombra que proyectaba una sábana colgada á manera de tienda, hizo una almohada con la ropa seca, y recostóse apoyando su linda cabeza sobre el brazo desnudo más suave que el raso, y ¡es claro! se durmió.

Samuel la miraba encantado, temblando de miedo de que se despertara cada vez que algún pájaro azorado, volaba haciendo ruido entre las ramas de los sauces que bordeaban el riacho. Hubiera deseado aproximarse porque tenía hambre de verla de cerca, pero no se atrevía á moverse.

De pronto advirtió que la brisa había levantado una de las puntas de la improvisada tienda; un rayo de sol, atrevido é indiscreto colábase por entre las ramas del matorral é iba á besar en la frente á la dormida niña.

El judío tuvo celos del sol, y aún temeroso

de despertarla, acercóse de puntillas, haciendo menos ruido que el que hace la sombra de una nube llevada por el viento, y arregló la tela, con el cariño exquisito de una madre que vela el sueño de su hijo.

¿Acaso él no la amaba como pudiera amarla su madre? Este pensamiento se ofreció á la mente del judío que lo rechazó con tristeza: él, el paria del destino, el idiota, el judío ¿podía amar?

Arrodillado á un paso de distancia de la muchacha, suspendiendo la respiración para hacer menos ruido aún, extático, como quien mira la gloria por el ojo de la llave de la puerta del cielo, la miraba dormir.

Era el sueño de la inocencia.

—¡Dios mío, qué linda es!—se decía el judío.

Sus largas pestañas descendían protegiendo sus ojos; sus cejas finas y oscuras como hechas á pincel, sombreaban una frente tersa y pura á través de la cual parecía divisarse la luz de su pensamiento juguetón, como la llama de una lámpara á través del globo esmerilado que la oculta.

Su boquita roja se plegaba en una dulce

sonrisa; parecía que la sombra de un ensueño mágico la entreabría, como la brisa despliega el capullo de las rosas.

—¿En qué soñará?—pensaba el judío.

Su brazo torneado, envuelto en la cascada de sus cabellos oscuros, ceñía blandamente sus sienes como una diadema.

Su seno, apenas dibujado, levantaba á compás la tela de la bata, y la música de su respiración igual y tranquila, llenaba de desconocidas armonías el alma del judío.

Samuel era dichoso.

Aspiraba con fruición la brisa que llegaba hasta él después de envolver en sus ondas perfumadas á la niña... ¡cuánta envidia le tenía!

¿Fué un pájaro? ¿fué una mariposa? ¿fué una ilusión que al pasar rozó con alas de seda su frente arrancándola de su sueño?

Samuel la vió moverse; vió sus párpados alzarse y el fulgor de sus ojos abiertos, y no vió más, porque dió un salto y huyó como el criminal á quien sorprenden infraganti.

Ella no lo vió, levantóse, recogió la ropa seca ya, y sin ánimo para proseguir su tarea tomó su atado y encaminóse al pueblo.

Cuando Samuel volvió, no estaba ya. Disgustado consigo mismo pero aún bajo la acción de un hechizo misterioso que le llenaba de felicidad, volvióse á su choza.

Esa noche, al hacer el balance de sus actos, encontró en su *haber* un sentimiento que apenas se atrevió á analizar: *amor*, se dijo; y en su *debe*, un pesar, un desconsuelo de ser como era.

Y sin embargo era feliz.

V

El corazón de Samuel había dormido hasta entonces.

El eslabón tocó la piedra, la chispa saltó y el incendio se produjo.

Al calor de las primeras llamas, aquel corazón entumecido despertó de su letargo; fué delicioso el despertar, porque era el comienzo de la vida.

Era la primavera del amor con mariposas y con flores; con perfume y con músicas.

Pero el fuego del amor crece mientras tiene qué quemar; y en el corazón de Samuel vacío de afectos había tanto qué quemar!

El incendio creció; lo que era un hogar se convirtió en un infierno.

La felicidad de Samuel fué una mariposa. Nació cuando se fundió el invierno de su alma; vivió una primavera y murió con los calores del estío.

Temblando de congojas, llegaba el desgraciado todas las tardes á las orillas del riacho. Allí escondido entre las espadañas, espiaba á la gentil lavandera.

Tenía sed y bebía llamas para apagarla. Y su sed crecía.

Una sola de sus miradas hubiera endulzado el infierno de aquella alma; más para conseguir esa mirada era necesario revelar á la niña aquel misterio ¿y quién iba á hacerlo? ¿Él?... nunca, temblaba de imaginárselo: ¿la brisa acaso? ¡oh! si la brisa hubiera querido hablar, qué de secretos no hubiese contado. Confidente de todas sus amarguras, habíase llevado en sus alas todos los suspiros con que el judío despertaba los ecos de las frondas en las noches de insomnio.

Las estrellas también sabían algo de aquella sombra que á deshora vagaba por las ori-

llas del riacho, besando la fina gramilla hollada por la linda muchacha.

También el riacho conocía á aquel fantasma que en las noches de luna amargaba sus ondas con sus lágrimas ardientes como gotas de plomo derretido.

Pero el río era discreto, las estrellas mudas, y la brisa jamás dijo, esta boca es mía.

VI

Una siesta Dolores, la joven lavandera golpeaba su última pieza de ropa con un brío desacostumbrado. La risa temblaba en sus labios y la alegría brillaba en sus ojos ¿qué había?

Casi nada. Esa mañana llegó al pueblo la noticia de que los conscriptos habían concluido la campaña y estaban como quien dice al caer.

Entre ellos había varios del pueblo; y entre los del pueblo había alguno cuya ausencia lloraron los lindos ojos de Dolores y cuya vuelta festejaba su corazón.

Pedro *el gringo*, como le decían todos porque era rubio, pasaba por el mejor mozo en diez leguas á la redonda.

Tenía veinte años y veinte mil ilusiones. Cuando se fué, prometió á la muchacha pensar siempre en ella, y lo cumplió ¡era tan dulce pensar en Dolores, la morocha más linda que habían acariciado los aires de la sierra!

Si los cinco sentidos de su cuerpo tenía puestos Dolores en la ropa que golpeaba, las tres potencias de su alma, más aún, las virtudes teologales, espigaban juntas en las doradas mieses de la ilusión.

Por eso no se dió cuenta de que la brisa juguetona estaba haciendo de las suyas con la ropa puesta á secar, hasta que dos ó tres piezas transformadas en montgolfieras, gracias á una racha, soltaron sus amarras y emprendieron el vuelo para ir á abatirlo en mitad del riacho.

—¡Se me van!—gritó Dolores recogiéndose la falda y entrando valientemente en el agua.

Pero la corriente era muy viva y el cauce bastante hondo, por lo que, mientras ella acudía en socorro de una de las náufragas montgolfieras, las otras dos, río abajo, proseguían el viaje.

No atreviéndose á seguirlas de miedo de

mojarse más de lo conveniente, la pobre muchacha se resignó á perderlas si no se detenían en alguna de las piedras de que estaba sembrado el lecho del río.

Samuel á cuatro pasos de ella, había sido espectador de aquel drama; vió á la linda muchacha entristecida por la pérdida, y sin titubear echóse al agua y tras corta brega con la correntada pudo volver mojado como un perro de aguas, pero triunfante, á depositar á los pies de su dueña las rescatadas prendas.

Una embriaguez de músicas le llegó al alma; y algo como el primer rayo de sol para un ciego, deslumbró sus pupilas, cuando vió á la niña mirarlo sonriente diciéndole:

—Gracias, Samuel, si no hubiera sido por Vd., el río se las hubiese llevado ¿verdad?

El pobre judío nada respondió, pero con un ademán zurdo dió á entender que eso no valía nada.

Dolores sonrió, y él borracho de felicidad, saludó y se fué...

Cuando pensó que podía haberla hablado, haber escuchado su voz más dulce que el rumor de las quebradas en las mañanas de primavera y haberse bañado en el resplandor que

irradiaba toda su persona, arrepentido quiso volver, pero era ya tarde; desde donde estaba pudo ver á la joven, camino del pueblo con su atado de ropa.

Ella por su parte, con el pensamiento á diez mil leguas del judío, no se dió cuenta del encanto que su voz y su sonrisa habían producido en él.

Conocía al judío desde mucho tiempo atrás; quizás hasta se había reído de él; ¿cómo iba á imaginarse que en aquella alma desheredada había un altar donde se adoraba su imagen y que mandaba como soberana en aquella naturaleza tosca y ruda?

Dolores se dijo que el judío no era tan malo como creían y no pensó más en ello.

Samuel sí; Samuel llevaba el pensamiento henchido de las escenas de aquella aventura.

—¡Ah!—exclamaba apretándose la cabeza—si yo fuera rico; si tuviera millones para tirarlos á sus pies; si fuera mía la sierra entera y lo que hay más allá, la tierra de mis padres, Polonia, Europa, el mundo entero; si fuera rey para hacerla reina y luego ser su esclavo.

Pero no tengo nada; un puñado de tierra, una casucha, una azada y nada más; ¡pobre

de mí! si supiera que con oro habría de comprar su amor, lo ganaría á puñados, á montones; tendría más monedas que brotes los árboles de la estación.

Recordaba entonces su fealdad y la risa conque le acogían las muchachas cuando iba al pueblo.

—¡Ella también se habrá reído de mí!

Esta idea como un clavo enrojecido le atravesaba las sienes. Sentía al mismo tiempo que una frialdad de hielo penetraba en su corazón y la sangre le incendiaba el rostro.

—¿Por qué, Dios mío, porqué me he atrevido á llegar con el pensamiento hasta ella?

Pero cuando recordaba que lo había mirado, que había sonreído, que le había dado las gracias, la llama de su esperanza volvía á alentar; pero era una esperanza loca, una vana ilusión, y él lo sabía.

Dos días estuvo Samuel sin salir de su rancho.

En su pecho como un volcán pronto á estallar rugía sordamente su pasión. Un propósito insensato hervía en él.

La brisa no había revelado á la niña el secreto que el judío le confiara; sus lágrimas se

habían perdido en las ondas del río, y la luna que lo sabía todo, estaba tan lejos... ¿quién iba á descubrir á la hermosa muchacha el imperio que sus encantos le habían conquistado en el alma del judío?; y después Samuel se arrojaría á sus pies, le pediría perdón por lo que iba á decirle y por haberse atrevido á levantar su corazón hasta ella, él, el idiota que los muchachos apedreaban en las calles del pueblo como á un animal sarnoso, porque era judío...

VII

Finalizaba la primavera y se inauguraba el estío con una de esas tormentas teatrales de la sierra.

Aquella tarde el cielo puro y limpio parecía el fondo bruñido de una palangana de plata con reflejos azules.

Los conscriptos de regreso ya, habían pasado la siesta en un pueblo no lejano del suyo. Como aún les quedaba por hacer lo más agrio de la jornada, siete leguas que trasponer en el corazón de la sierra, en cuanto amenguó el calor del sol, á cosa de las tres, recogieron los

caballos que pacían dispersos y ensillándolos se dispusieron á partir.

—Me parece que no llegan—oyeron decir al patrón de la casa en que habían sesteado, —miren el cerro aquel, se ha embonetado, tormenta segura para antes de la noche.

—¿Y galopando un poco....?—insinuó uno de ellos.

—¡Bah! No tienen caballos para eso; ya han hecho nueve leguas y deben de estar cansados, y eso que aún están en lo mejor de la sierra.

¿Qué hacer? No era tanto el apuro que llevaban; un poco de impaciencia por ver su pueblo y ser vistos en él, con aquel dejo de militarotes bisoños que á ellos se les antojaba de veteranos hechos y derechos; ¿porqué no pasaban allí la noche? camas no les faltarían, tenían sus aperos y para cenar, con matar dos ó tres gallinas y un cabrito, estaban del otro lado; á la mañana siguiente podían levantarse con la fresca y llegar al pueblo á eso de las nueve; la tormenta se iría á la madrugada.

De común acuerdo los conscriptos aceptaron la invitacion del dueño de casa y soltando sus caballos volvieron á formar animada rueda

debajo de un añoso algarrobo que sombreaba el patio.

Pero no todos se resignaron á esperar la mañana siguiente para ponerse en marcha.

Había uno á quien la impaciencia calcinaba.

Tenía hambre de volver á su pueblo, donde lo esperaba la muchacha más gentil que hubieran oreando nunca los soles de la sierra.

Pedro no quería esperar más; ¿que le importaba á él un chaparrón de verano encima? Conocía á maravilla los senderos de la montaña y aún en la noche sus ojos de montañés sabían descubrirlos.

Sus compañeros no ignoraban el por qué de aquella impaciencia y le dejaron hacer.

Ensilló un caballo y montó. Serían las cuatro. El bonete del cerro habíase estendido cubriendo el lomo de la montaña; aquel nubarrón llevaba en su ceño una tormenta. La ciencia astronómica del paisano es infalible.

Aún quedaban tres horas de sol, si el nublado no disponía otra cosa, y Pedro que iba bien montado, se lisonjeaba de llegar á su pueblo con las últimas luces del crepúsculo.

Pero el nublado dispuso otra cosa, preci-

samente cuando Pedro estaba en el primer tercio del camino.

Cubrióse el cielo de nubarrones negros; chicoteó el rayo las redondas grupas las de nubes; rugió el trueno, ese trueno interminable de la montaña que va dilatándose de quebrada en quebrada, y empezaron á caer gruesas gotas de lluvia, tibias y aisladas al principio, frías y compactas luego.

Pedro era baqueano y como tenía que pensar en algo más que en defenderse del agua, envolvióse en su poncho y concentró todas sus potencias en la dirección de su caballo para no perder la senda.

A pesar de conocer el terreno que pisaba, no las tenía todas consigo.

La naturaleza tiene sus traiciones.

Las sierras son astutas. Parecen dotadas de una vida de guerrilleros.

Ya ocultan sus flancos y yerguen sus faldas peladas é inaccesibles; ya las muestran fáciles de escalar, pero defendidas por una quebrada, por un torrente ó por una maraña de bosque, que arrebozan las crestas en un manto de quebrachos, molles, algarrobos y *churquis* de toda especie.

Tienen también cualidades de transformistas.

Una tormenta les cambia la faz; un aguacero las disfraza.

En menos de una hora la sierra, que antes parecía un jardín, quedó gracias al chaparrón espeso como una cortina que le descargaban las nubes, envuelta en una red de arroyos y torrentes turbios y mugidores que arrastraban sus vientres de fango buscando las pendientes encajonadas y fáciles de los senderos.

Esto era lo que temía Pedro. Tuvo que dejar el que seguía para no ser arrastrado por la corriente, y bien pronto hubo de declararse á sí mismo que estaba extraviado. Pero no quería pasar la noche recibiendo impasible aquellas lomadas de agua que se le venían encima y espoleó su cabalgadura abandonándola á su instinto. El caballo protestó un momento, después encaró valientemente y siguió bajando medio cegado por el aguacero.

Así anduvo muchas horas. Pedro tiritaba de frío bajo su poncho empapado. ¿Qué hora sería? El alba no debía estar lejana y sin embargo ni el más leve resplandor la denun-

ciaba. Aquel nublado negro como tinta no la dejaba asomar. Pero la tormenta iba amenguando ya y acostándose hacia occidente. Sólo de vez en cuando sonaban los truenos y la lluvia era menos espesa.

¿En dónde estaría? Sacudió su modorra apartó el poncho que le cubría la cara y miró. No se veía nada. Esperó que un relámpago le alumbrara la escena. Y lo tuvo bien pronto. Un resplandor vivísimo le hizo cerrar los ojos; vió una serpiente de fuego que chicoteó el aire, allí á dos pasos de él; sintió el chasquido del rayo y un trueno horroroso como si todos los truenos de la noche se hubieran fundido en uno solo, sacudió la montaña entera.

Apenas tuvo tiempo de santiguarse horrorizado; un quebracho altísimo herido por el fuego del cielo ardía á pocos pasos de él; su caballo atontado un momento, sacudió sus crines al ver la hoguera y dando un bote, se lanzó en medio de las tinieblas en un carrera frenética; no corría, iba dando saltos capaces de echar al suelo á su ginete que aferrado á las riendas á duras penas lograba aguantar los sacudones de su montura. De pronto las rien-

das se cortaron y el animal libre dió otro bote y cayó.

Pero no cayó en tierra porque no la había; cayó en una sima abierta allí como una boca del infierno. Pedro lo sintió caer; abrió los brazos y las ramas ásperas de un algarrobo le azotaron cruelmente pero le salvaron; maquinalmente se prendió de ellas y quedó suspendido en el aire mientras su caballo se hundía en el abismo.

—*¡El barranco de la muerte!*—murmuró frío de espanto—¡estoy perdido!

Cada lugarejo de la sierra tiene su tradición que las viejas se encargan de perpetuar en las largas noches del invierno, cuando el áspero viento modula sus lúgubres salmodias en las quebradas.

A corta distancia del pueblo de Pedro, había un barranco profundo, cortado á pico, del cual la musa popular, á propósito de una mancha roja que se divisaba en su fondo, había sacado los materiales de una leyenda fantástica.

Decíase que antaño, cuando los valles estaban ocupados por tribus de indios, aquel barranco era un lugar de suplicio; y que la sangre de las víctimas inocentes había teñido las en-

rojecidas lajas del fondo. Aquel lugar era maldito; un vértigo irresistible atraía al que se acercaba á su borde y lo precipitaba sobre las sangrientas piedras.

Nadie á ninguna hora del día y menos de la noche se hubiera atrevido á aproximarse á la siniestra cortadura.

Sólo el judío osaba negar el influjo del barranco. Su choza se alzaba casi en el borde mismo, y más de una vez los habitantes del pueblo vieron dibujarse su silueta á deshora corriendo como un fantasma á media vara del precipicio.

Indudablemente el judío tenía pacto con el diablo. Aquello no se explicaba de otro modo.

Al sentirse suspendido en el aire por las ramas del algarrobo, Pedro cerró los ojos para no ver la sima que se abría á sus pies. Trémulo de pavor oyó elevarse del fondo el rumor de un cuerpo que se estrellaba contra las piedras, y un grito horripilante, capaz de crispar los nervios más templados surgió de él como la voz del legendario barranco.

La tormenta había pasado.

La claridad lechosa de la mañana, adelan-

tada ya, iba bañando el cielo nublado aún.

La niebla espesa como algodón en rama desgarróse por fin, y los rayos de un sol espléndido inundaron los mojados campos.

Aquella explosión de luz no hizo más que aumentar las congojas de Pedro. Sus ojos involuntariamente sondearon la espantosa pro fundidad del precipicio, que tenía á sus pies y sus miembros se extremecieron y se erizaron sus cabellos.

Veía el fondo del barranco á cincuenta metros de profundidad, donde se agitaban aún los últimos vapores de la tormenta fundidos con las últimas sombras de la noche. Todavía los rayos del sol no habían oreado las ensangrentadas piedras.

Pedro alzó los ojos y vió lo espantoso de posición.

Hacía una hora que estaba suspendido; sus brazos comenzaban á cansarse; quizás habría tenido fuerzas para llegar al borde del barranco, pero el árbol que lo detuvo en su caída, había brotado á dos metros más abajo en aquel paredón liso, cortado á pico en la peña viva, sin una saliente donde hacer pie. Imposible trepar.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, balanceóse en el aire y lanzó el cuerpo hacia arriba para cabalgar sobre el tronco del algarrobo, pues sus brazos entumecidos se debilitaban por instantes; pero erró el salto; sintióse un áspero crugido y las ramas del arbolillo harto endeble se doblaron haciendo estallar las resecas fibras de la corteza.

Quiso buscar un apoyo en la pared, pero estaba demasiado lejos y sus bruscas sacudidas hacían inclinarse cada vez más la endeble ramazón del arbusto.

Pedro sintió que sus fuerzas se agotaban; que el algarrobo doblegándose como una caña en la que se posan las golondrinas se iba á romper; que su cabeza daba vueltas; que el vértigo lo arrebataba en sus siniestras alas; que lleno de vida estaba agonizando; y angustiado, sin espezanza de auxilio, pues el sitio aquel era maldito y nadie se acercaba á él, quiso acabar de una vez aquella intolerable agonía; cerró los ojos con todas sus fuerzas, soltó las manos aferradas como garfios en las ásperas ramas, abrió los brazos y cayó.

Sintió que nadaba en el aire; su cabeza uo se turbó: quiso contar los instantes que tarda-

ba en estrellarse en las siniestras lajas del fondo, y comenzó: uno, dos, tres... cinco, diez, veinte... Debía de haber llegado ya, pero aquel boquerón del infierno no tenía fondo.

Un crugido lo sacó de sus cálculos; abrió los ojos y vió que aún estaba suspendido del algarrobo. La manta que lo envolvía habíase enredado en las ramas impidiéndole caer.

Entonces tuvo horror á la muerte que un momento antes había buscado y empezó á gritar con todas sus fuerzas.

¿Pero quién iba á venir? Por allí sólo el judío se atrevía á pasar, y el judío no lo salvaría porque él lo había apedreado en las calles del pueblo. El judío tenía pacto con el diablo y buscaría la perdición de su alma.

Pero siguió gritando, mientras encima de su cabeza sentía crugir las fibras del arbolillo, que se iba doblando hacia el abismo.

Y no fué en vano porque de pronto oyó que le decían de arriba:

—¡Un momento! ¡un momento! ¡voy á buscar una cuerda! ¡valor!

Miró hacia arriba: nadie había allí; esperó temblando que el algarrobo se acabase de quebrar antes de que volvieran con la cuerda.

Por fin apareció una cabeza en el borde; una cabeza desgreñada, monstruosa.

Era el judío.

Samuel le tiró una cuerda con un nudo corredizo en un extremo; y él, como tenía los brazos libres, logró pasárselo al rededor del cuerpo.

—¡Suba!—le gritó el judío—está amarrada á un árbol.

Comenzó á subir sacando fuerzas de flaquezas y descansando á ratos.

La ascensión duró más de un siglo, según sus cálculos. Por fin llegó. Hizo un postrer esfuerzo y cayó rendido sobre la hierba á dos pasos del siniestro barranco.

VIII

Dolores tenía diez y seis años.

Es la edad en que la vanidad se despierta al eco de las primeras lisonjas.

Dolores era hermosa; ella lo sabía porque se lo había dicho Pedro, y Pedro nunca la engañaba. Además lo sabía porque le gustaba mirarse en el agua tranquila del remanso donde lavaba; en casa no había más que un espe-

jo y ella le tenía miedo; debía de estar maldito porque sus padres lo habían comprado en la tienda del judío; solo así se explicaba que siendo ella como era se viese fea.

Aquella tarde llegarían los conscriptos; Dolores quería estar hermosa como nunca; lavóse, peinóse y concluido su tocado quiso verse en el espejo del judío; el remanso estaba lejos.

¡Oh, qué espejo tan horrible era aquel! Se veía fea, muy fea; sin duda estaba maldito como sus antiguos dueños. La pobre niña no tuvo más que pedir prestado uno bueno á sus amigas.

¡Ese era espejo! Veíase tal como se imaginaba: sus ojos negros brillaban como soles; las rosas del jardín no tenían colores más vivos que las rosas de sus mejillas; la flor de la achira no era tan roja como sus labios pequeños y frescos, parecían de guindas; su sonrisa hacía cosquillas en el alma; su talle... ¡qué lástima de espejo que apenas alcanzaba para el rostro! ¡como hubiera sido de feliz ella con uno de esos que dicen que tienen las señoritas en la ciudad para mirarse de cuerpo entero!

La vanidad de Dolores era inocente; aún no llegaba á ser coquetería.

Aquella tarde quería estar hermosa como nunca para agradar á Pedro. Le había dicho que tenía que hablarla á solas ¿qué le iría á decir? Lo ignoraba y ardía en curiosidad por saberlo; por eso le dió una cita.

—En el remanso, á las dos—le dijo.

Después, cuando él se fué, quedóse pensativa: adivinaba, sospechaba lo que le diría, y su corazón se estremecía de júbilo al sólo pensamiento de oír la primera declaración de amor, una declaración que los ojos de su amante le habían hecho cien veces.

Antes de las dos, mucho antes, con el cesto de ropa, tomó el camino del riacho; nadie extrañaría su ausencia, todos los días hacía lo mismo; y sin embargo parecíale que á través de las ventanas entornadas la espiaban los vecinos.

Iba trémula. Pero cuando llegó al remanso y vió la margen solitaria como de costumbre, tranquilizóse y, por hacer algo, se puso á remojar la ropa.

No estaba sola como ella creía. Dos ojos avizores la acechaban; dos ojos que la hubieran quemado si las miradas quemasen; dos ojos que la devoraban; dos ojos para los cuales era la luz, era el sol, era la vida.

Cuatro noches había pasado Samuel sin dormir: cuatro días sin verla, cuatro días corridos en el potro de la angustia, maniatado por la timidez y atenaceado por la impaciencia.

Pero la timidez tiene arranques inconcebibles en la audacia.

Amaneció la quinta mañana y el judío se juró concluir ese día con sus torturas.

Iba á revelar el enigma de su corazón.

Iba á descubrir su amor á la reina de su alma.

Por primera vez en su vida, Samuel quiso mirarse en un espejo; en su casa no lo había. Corrió al remanso donde mil veces se habían copiado las hechiceras facciones de *ella*, y arrojó una mirada á la tranquila superficie.

Retrocedió espantado.

Era horrible.

No, jamás revelaría su amor; lo guardaría en su pecho, desconocido, como guardan las flores de las quebradas oscuras los tesoros de su aroma; jamás, jamás, porque no le iban á creer, porque se reirían de él, porque un judío, un idiota, un miserable como él, no podía amar; ¡mentira! él no amaba.

¡Ay, Dios! Y sin embargo ¿qué era aquel fuego que le quemaba el alma? ¿qué era aquel volcán que hervía en su cerebro? ¿qué era aquel sentimiento que le torturaba día y noche? ¿qué era si no era amor?

Llegó la hora de la siesta.

Samuel quiso verla, nada más que verla de lejos, devorarla con los ojos, besarla con la mirada, nada más, sin que ella lo viese porque le tendría asco. Y fué al remanso, se ocultó detrás de los *churquis* y esperó.

¡Dios de Israel! ¡qué hermosa estaba! Samuel hubiese jurado que las ramitas de los sauces llorones que ella apartaba de su rostro, querían besarla; que las flores abrían sus corolas para alfombrar su senda; que los pájaros detenían sus juegos para contemplarla; qua el rio se estremecía de orgullo y de placer al copiar su imagen.

Se lo diría, sí, aunque no le creyera, aunque se riera de él, aunque lo abofeteara; le diría lo que sufría, lo qué la amaba y le pediría perdón por haberse atrevido á levantar su corazón hasta ella, él, el idiota, el judío, el maldito por todas las generaciones.

¿Cómo fué? Nunca lo supo. En un ins-

tante se vió á sus piés, de rodillas; ella lo miró asombrada, y él sin saber lo que hacía, le habló, se lo dijo todo, maravillado él mismo de tanta audacia.

No puedo más—le dijo—me rindo. No puedo ya ni ocultármelo á mí mismo; si el mundo entero me viera, lo sabría el mundo entero; te amo, niña, te adoro. Lo saben ya las estrellas, lo sabe el viento, lo saben las montañas; solo tú no lo sabes; no lo hubieras sabido nunca, pero después de luchar mucho con mi orgullo y con mi temor, estoy vencido. Sí, me has vencido, me ha vencido tu hermosura, me ha vencido el dolor.

Perdón, niña, te amo como no te amará nadie en el mundo, porque nadie en el mundo tiene el corazón del judío. ¿Qué saben los hombres lo que es amar? ¿qué saben los felices, los hermosos? Los desgraciados sí, ellos lo saben; yo lo sé. Te quiero hace tiempo, te quiero desde que te ví, me parece que te he querido siempre; pero lo he ocultado ¡ah! tú no sabes por qué. Me creía fuerte para guardar mi secreto y he sido débil.

Perdóname tanta audacia; pero te amo, seré tu esclavo, si quieres; seré tu perro fiel; me

dejaré arrancar las entrañas por servirte. ¿Quieres ver cómo es mi amor? Mándame trasladar los cerros del naciente al poniente; mándame cambiar el curso del río; mándame contar las estrellas y las flores de los campos y los guijarros de la montaña, y lo haré aunque en ello gaste toda mi vida; pídeme mi sangre y te la daré, pero dame en cambio una sonrisa, no pido más, no quiero más; que otros alcancen tu amor, el idiota se contenta con tu sonrisa.

Niña, yo era feliz antes de conocerte; amaba los bosques, las montañas, los cielos y ellos me comprendían y no me despreciaban; pero un día la fatalidad me puso delante de tí; niña, te amé como no te amó nunca tu madre; por tí me olvidé del mundo entero; tenía un jardín y unas macetas con flores y se secaron; tenía una cabra con dos cabritillos que eran toda mi familia y los dejé morir de hambre.

Yo no pensaba más que en tí. Desde aquel día sueño contigo; sé que te has reído de mí cuando me has visto, porque todo el mundo se ríe, pero qué importa. Dame una sonrisa y guarda tu amor para los que más felices que yo son hermosos. ¡Ay! ¿porqué

Dios ha encerrado un corazón tan grande en un vaso tan horrible? ¿porqué Dios me ha hecho hombre y no perro? A los perros se les admite en el hogar, se les acaricia, se les quiere, pero al pobre idiota nó, porque es judío; como si todos no fuéramos hijos de un mismo padre. Perdóname, estoy loco, pero déjame estarlo siempre. Soy un miserable, no tengo derecho á pedir nada, porque nada merezco, pero sería feliz con lo que otros desdeñarían. ¡Si vieras cuánto te quiero! Iría á arrojarme á tus pies por una mirada, besaría la tierra que pisas por una sonrisa; si fuera rey, me haría tu esclavo para servirte de rodillas... Yo no sé qué hay en tí que te quiero tanto. Cuando pasas me parece que la tierra tiembla de placer bajo tus pies; si mi corazón pudiera servirte de alfombra lo arrojaría para que lo pisaras. Te amo; perdóname que te lo haya dicho, pero el secreto me quemaba...

Y el judío calló...

Y Dolores se reía al oir aquellas palabras ardientes que apenas comprendía; se reía al mirar aquel ser deforme postrado á sus pies; aquella cabeza desgreñada; aquellos ojos suplicantes... Se reía. Samuel bebió todo el

acíbar de aquellas carcajadas argentinas. ¡Ay! ¡qué amarga era aquella burla aún en los labios de Dolores!

Iba á levantarse cuando sintió un golpe feroz en la mejilla derecha que lo tumbó por tierra. Volvió, el rostro, enjugóse la sangre para ver y dió un grito.

—¡Pedro!—dijo—¿por qué, Pedro?

Y Dolores se reía más y más.

Y el judío comprendió porqué le hería Pedro, que le debía la vida, y por qué se reía Dolores; y huyó á ocultarse en los montes, que sabían el secreto de sus noches de insomnio, huyó á devorar su dolor en el seno de sus amigos que lo comprendían y no se reían de él.

IX

El tiempo es el paño de lágrimas de los desgraciados.

Él enjugó las amargas que brotaron de los ojos del judío. Él cicatrizó las heridas de su alma, aunque no pudo borrar del todo la imagen de Dolores grabada á fuego en su corazón.

Los juramentos del judío se los llevó la brisa, y su recuerdo apenas si duró en la memoria de la niña lo que dura la impresión de un sueño.

Samuel la amaba aún, pero era feliz en su desgracia, Antes la soledad lo abrumaba. Ahora tenía un compañero, un amigo que escuchaba su historia, que comprendía sus desventuras, que no se reía de él porque lo amaba.

Desde que murió su madre ninguna mirada se había posado en él con dulzura; ninguna lo había contemplado sin repugnancia; sólo los ojos de su amigo eran tiernos para mirarlo cuando él le hablaba; eran dulces y expresivos.

Un día Samuel, devorando aún la afrenta del bofetón de Pedro y de la burla de Dolores, vagaba por las solitarias quebradas cercanas al *barranco de la muerte*, seguro de que allí nadie iría á turbar la dulce soledad en cuyo seno vertía el raudal de sus amargos pensamientos.

Sólo los chillidos de los pájaros y el rumor del riacho convertido en cascada, se mezclaban á los roncos gritos que á veces lanzaba

para aturdirse. Pero aquella mañana á su grito respondió un quejido.

Samuel anduvo algunos pasos y detrás de una mata encontró un perro que se había escondido allí para morir.

Era feo; estaba sucio, manchado de sangre y lodo y tenía una pata destrozada.

Acercósele; el perro lo miró con los ojos suplicantes; unos ojos grandes, hermosos, llenos de lágrimas. Aquellos ojos le hablaron.

—¿Qué quieres? ¿qué buscas? ¿no estaré seguro de vosotros ni en el fondo del barranco? ¡Qué crueles sois los hombres! Me perseguís, me apaleáis, me rompéis los huesos porque no soy malo y no cuido los cabritos de la majada. Yo soy así; jamás morderé á nadie aunque me cueste la vida. Pero vete; he venido aquí para morir lejos de vosotros; véte os perdonaré á todos si me dejáis morir tranquilo; ¿qué placer podrás encontrar en martirizar mi agonía? ¡qué crueles sois los hombres!

Samuel no era hombre; Samuel era un monstruo. Comprendió lo que los ojos del perro le dijeron y se apiadó de él. Lo tomó en brazos, dulcemente, como una madre abra-

za á su hijo; lo llevó á su casa; le vendó la pata juntando bien las astillas de sus huesos deshechos; lo lavó y le dió á beber la leche de su cabra. Aquel día Samuel no tuvo qué comer, pero en cambio comió el perro.

Los ojos de éste parecían decirle:

—Lo veo bien: tú no eres hombre, al menos no eres malo como los demás hombres; ¡te amo! serás mi dueño y cuando sane cuidaré tu casa; pero nunca morderé á nadie.

Algunas semanas después pudo correr junto con su amo por los ásperos senderos de la montaña. Sólo cuando estuvo sano, con la fina piel lustrosa y limpia, pudo ver Samuel lo hermoso que era el pobre animal.

Era blanco manchado de negro, de orejas largas y finas, bien proporcionado, inteligente y ágil. Aquel perro jamás hubiera sido un buen cabrero.

El padre del judío se llamaba Leví. Samuel no creyó deshonrar la memoria de su padre dándole su nombre al guardián de su choza.

El perro se llamó Leví.

El desheredado de la naturaleza, el pros-

crito de la familia humana, tuvo un amigo entre los animales.

Samuel era feliz cuando seguido de su perro, iba á esconderse en las quebradas más solitarias.

—¡Leví, ven acá!

Y el perro acudía al llamado de su amo. Apoyaba el hocico en sus rodillas; él le acariciaba la hermosa cabeza, lo miraba tiernamente y le hablaba.

—¿Verdad que entiendes, Leví?

Sí, Leví le entendía. El también hablaba á su amo, pero con la mirada y Samuel descifraba el lenguaje de los ojos de Leví.

Largas horas entreteníase conversando con el perro. Después, cuando quería volver á su casa, le tomaba la cabeza y le besaba el hocico con ternura, como hubiera besado la frente de su madre.

Samuel estaba seguro de que ella bendecía á Leví desde el cielo.

Al rayar el día, Samuel dormido aún sentía en su rostro el frío contacto del hocico de Leví, y se levantaba feliz, lleno de la alegría de vivir que en otro tiempo le había faltado.

—¿Verdad que entiendes, Leví?

Sí, Leví le entendía. El también hablaba á su amo, pero con la mirada y Samuel descifraba el lenguaje de los ojos de Leví.

Largas horas entreteníase conversando con el perro. Después, cuando quería volver á su casa, le tomaba la cabeza y le besaba el hocico con ternura, como hubiera besado la frente de su madre.

Samuel estaba seguro de que ella bendecía á Leví desde el cielo.

Al rayar el día, Samuel dormido aún sentía en su rostro el frío contacto del hocico de Leví, y se levantaba feliz, lleno de la alegría de vivir que en otro tiempo le había faltado.

A causas morales idénticas no corresponden siempre los mismos efectos.

El aislamiento, la proscripción, el odio que lo obligaba á esconderse en los montes como un lobo, debieron hacer egoísta al judío y no lo hicieron: el judío amaba á todo el mundo.

Pero el cariño de Leví lo volvió egoísta. Samuel se olvidó del mundo para sólo pensar en sí y en su perro.

Samuel fué feliz por la primera vez en su vida, después de la muerte de su madre.

Pero los desheredados de la naturaleza no tienen derecho á ser felices.

Jamás Samuel encontró en sus correrías por el monte á ningún sér humano.

Una tarde sin embargo, al volver á su mezquina choza, sintió los ladridos de Leví que se había apartado algunos pasos.

A poco el animal llegó jadeante y aullando; trás él venía un hombre.

Era Pedro, su antiguo dueño.

—¡Oh, el judío!—exclamó reconociendo á Samuel,—á ver idiota si me devuelves mi perro; me lo has robado, bribón.

El judío tembló: ¿iban á arrebatarle el único amigo que tenía? ¿acaso no era suyo? ¿no lo había encontrado en el fondo de un barranco, herido, maltratado, á punto de morir?

—Perdóneme, Pedro—dijo humildemente —yo no lo robé, él se vino; estaba herido, iba á morir y lo curé; déjemelo ¿no es cierto que no me lo quitará?

—¿Quitártelo? ¡bah! ¡si no sirve para nada!

—¿Y entonces?

—Entonces ya verás — respondió Pedro tranquilamente.

Andaba de caza, tenía una escopeta, la cargó y apuntó al perro con siniestra calma.

—¿Es broma, verdad?—preguntó cándidamente el judío—¡cómo vas á matar un animal tan lindo!

—¿Cómo? ¡mira!

Leví al ver el arma había huído, pero no se alejó mucho. El tiro salió y el perro cayó bañado en sangre.

—Era broma ¿eh?—dijo Pedro, y se alejó riendo á carcajadas.

El judío había quedado yerto, incapaz de moverse ni de hablar.

Sólo cuando Leví se le acercó gimiendo dolorosamente pudo moverse.

Arrodillóse; acarició la cabeza del perro, miró la herida abierta en el costado, por donde se escapaba á borbotones la sangre hirviente, y comprendió que la bala le había partido el corazón.

Leví se moría.

—¿Lo ves?—parecían decir sus ojos expresivos y tiernos—¡qué crueles son los hombres! esta vez me muero, y lo siento por tí, Samuel: tú no eres hombre, porque no eres malo como los demás hombres.

Los ojos de Leví no dijeron más, se enturbiaron, y apenas si tuvo fuerzas el pobre animal para acariciar penosamente con su lengua rosada y tibia la mano del judío. Después se extremeció y se puso rígido.

Samuel lo vió morir, quizo levantarse, pero no pudo; sintió un vértigo, se le nublaron los ojos, un borbotón de sangre le subió á la garganta; llevóse las manos al pecho y cayó sobre el cadáver tibio de Leví.

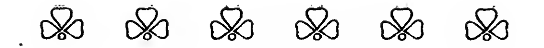
Al día siguiente contaron en el pueblo dos campesinos que habían encontrado muerto al idiota. Lo cubrieron con ramas y lo dejaron hasta que la autoridad le hiciera cavar una fosa.

Nadie supo jamás qué dolencia le arrebató la vida.

Pero si alguien le hubiese hecho la autopsia, hubiera visto que había muerto de la misma muerte de Leví.

Sólo que á él, algo más cruel que la bala de Pedro, le había partido el corazón.





LA COQUETERÍA

El tema es delicado y escabroso.

No quiero pensar que ninguna de mis lectoras sea coqueta, pero estoy seguro de que lo son todas.

La coquetería es innata en la mujer como la vanidad en el hombre.

A los cinco años las chiquillas se miran al espejo. Comienzan á estudiarse.

La coquetería les da aplicación.

A los veinte se saben de memoria, pero siguen repasándose.

La coquetería les da constancia.

Una niña antes se olvidará del día de su santo que de la primera lisonja que oyó de labios de un hombre.

Desde ese momento su coquetería se transforma.

Hasta entonces es intintiva. Gusta de

mirarse en el espejo, de bailar ante él, de arreglarse los rizos aunque estén arreglados, por la misma razón que el gatito antes de cazar ratones, caza ovillos de hilo.

Desde entonces su coquetería es táctica.

Se mira en el espejo, se remira de piés á cabeza, nunca se sacia de mirarse, aunque sabe que tiene dos ojos como dos luceros, dos mejillas como dos rosas, una boca como un clavel rojo, y está cierta de que no han cambiado lugar.

Pero es que ahora necesita mirarse; ahora pule sus armas, digo sus encantos, como el gatito cazador ya, afila sus uñas.

El caza lauchas.

Ella caza corazones.

El procedimiento en ambos es idéntico.

Ven la presa, la acechan, la aguardan, y cuando cae en las uñas del uno y en las redes de la otra juegan con ella; la golpean, la estrujan, la acarician, la sueltan, la vuelven á tomar; si se muere tienen arte para resucitarla.

Los dos cazan por afición, por vicio, por no perder la costumbre.

Ninguno por necesidad.

El gato es perverso.

No me atrevo á decir que la mujer es cruel.

El gato ronronea á su presa para llevarla con música al otro mundo.

La mujer le sonríe para matarla á cosquillas.

Pero la coquetería es arma de dos filos. Llega un momento en que los ratones no se ponen á tiro, de puro escarmentados, y el cazador comienza á sentir hambre.

Y el hambre de la coquetería es más cruel que el hambre del cuerpo, como que es el hambre del alma.

La coquetería sin alimento comienza á desfallecer; se extenúa, se abate, se rinde.

Ya no sirve para cazar sinó para ser cazada.

Y entonces, con débiles pataleos de protesta, el gato se deja cazar por el ratón más desmedrado.

Hay dos clases de coqueterías. Una, gruesa como sal de terrón, que como la arpillera deja ver lo burdo de su tejido.

Esta falla casi siempre por exceso de carga, como los trabucos.

Otra de buena ley, fina, dulce como un caramelo con agrio de limón.

Esta no falla nunca: es arma de precisión.

Tiene la fijeza y puntería de las uñas del gato.

Esta es necesaria.

Una niña sin coquetería es un soldado sin fusil.

Y al mismo tiempo es un budín, sin vainilla.

Amad la coquetería lectoras; pero la fina; la que no falla, la de precisión.

Y cazad, pero sólo cuando tengais hambre.

Vosotras no comprendeis las agonías de los ratones en las uñas del gato.





LA SONRISA

La sonrisa es el perfume del alma.

Una flor sin perfume vale tanto como una flor artificial.

Una mujer sin sonrisa vale tanto como un maniquí, porque es una mujer sin alma.

He visto una puesta de sol en un lienzo, incompleta aún; un sol muerto se hundía en un mar aletargado rodeado de nubes de plomo. Pero vino el artista y con un toque de pincel animó el cuadro: el sol brilló con un fulgor de agonía en que lloraba su muerte; el mar vibró, como si en su seno palpitara la vida, y abriera sus brazos para recibir á aquel monarca moribundo; las nubes flotaron aéreas y gallardas.

La sonrisa no es más que ese toque de pincel que anima el cuadro del humano rostro.

Esas caras de mujer, hermosas, pero ta-

lladas en piedra, inmóviles, sin vida, sin alma, sin la luz de la sonrisa, me hacen el efecto de una flor de trapo, que por artística que sea no vale lo que la perfumada campanilla de una violeta.

Una niña que sonríe es inteligente. La necedad no tiene sonrisas.

Una niña que sonríe es bondadosa. La maldad no sonríe nunca; sus agrias carcajadas distan tanto de la sonrisa como el vinagre del vino Oporto.

Una sonrisa nos es simpática porque nos revela un alma que vibra acorde con la nuestra. Es el toque de campanilla que responde á nuestro toque de llamada pidiendo comunicación telefónica con ella.

Pero la sonrisa no es la risa.

Las cosquillas en el cuerpo hacen reír.

Las cosquillas en el alma hacen sonreír.

Una ridiculez hace reír á carcajadas.

Un acto de bondad hace sonreír.

La risa es agria.

La sonrisa es dulce.

Por eso os pueden pedir explicación por vuestras risas, pero jamás por vuestras sonrisas.

Una niña que sabe sonreír tiene un tesoro en sus sonrisas.

Nunca tendrá que declararse en quiebra.

Si tiene mil adoradores, á todos puede pagar con sonrisas, aunque á uno solo pague con amor.

Pero esto es inmoral.

Jamás aconsejaré yo á mis lectoras que paguen á sus amantes con sonrisas.

Es pagar en plata lo que se debe en oro.



DE ALUIZIO AZEVEDO

A título de curiosidad bibliográfica, y como un descargo del autor de *El Mulato*, publicamos la siguiente carta que el ilustre escritor brasileño dirigió á su traductor señor A. Costa Alvarez, á propósito del estudio que en esta obra se hace de las novelas *El Mulato* y *Doña Perfecta* de Pérez Galdós:

« . . . .

En cuanto á la acusación que hace á mi *Mulato* el señor Zuviría puedo empeñar mi palabra de honor de que hasta hoy no he leído, ni conozco por crítica, ni por informaciones, la novela de Pérez Galdós á que él se refiere. El día que pueda obtener un ejemplar de la obra que el señor Zuviría me acusa de haber plagiado, ese día será la primera vez que esta obra habrá pasado por delante de mis ojos; *Doña Perfecta* será tan nueva pa-

ra mí como si en esos momentos acabase de ser impresa en los talleres que la dieron á luz. Ni siquiera recuerdo haber leído obra alguna de Pérez Galdós. Cuando escribí el *Mulato* eran muy pocos los libros españoles que conocía. Con excepción de *Don Quijote* y de uno que otro libro clásico, la memoria no me acusa de haber leído entonces ninguna obra de la literatura española antigua y moderna. *El sombrero de tres picos* de Alarcón y otros libros famosos solo llegué á conocerlos muchos años después, ya en Río de Janeiro.

No conozco, pues, *Doña Perfecta.* Sin embargo, creo poder decir que el señor Zuviría no tiene razón en la crítica que hace; no es posible que la tenga, porque ha sido de lo natural de donde he recibido todas las impresiones de mi libro, y ha sido de lo real de donde he copiado los tipos. El *Mulato* es absolutamente local. Sólo el que no quiere puede no darse cuenta de toda la sinceridad de este libro, y puede negar el carácter exclusivamente local que tienen sus escenas y sus personajes. Seguramente, al leer el *Mulato*, el señor Zuviría no ha tenido presente

que esta obra ha sido escrita en un idioma que no es el español; de otra manera, habría visto inmediatamente que Manuel Pescada, Doña María Bárbara, Ana Rosa, Días, el canónigo Diego, Freitas, etcétera, sólo pueden ser concebidos en el Brasil, en tierra de provincia, y no pueden de ningún modo ser considerados como tipos comunes de novela, con exclusión completa del medio especial en que actúan y de la acción que desarrollan en ese medio.

Ahora bien: esta acción, que el *Mulato* describe, no es una simple trama novelesca; puede ser muy interesante, pero yo no he escrito mi *Mulato* para hacer una novela de intriga. Esa acción es el medio de que me he valido para luchar contra las prevenciones que de pie en el lugar donde nací y me crié; y lo que me hizo crear el *Mulato* fué la indignación que me causó un hecho perfectamente real, histórico y conocido: el procedimiento de la sociedad marañense para con el poeta Gonçalves Días. Gonçalves Días era mulato, hijo de negra; había nacido en la ciudad de Caxías del Marañón, y no pudo casarse con una señorita blanca, á la que adoraba, sólo

porque era mulato. Gonçalves Días, como Raimundo, se había formado en Coimbra; era, como éste, hijo de un comerciante portugués, y en sus versos escritos en el Marañón: «Palinodia», etcétera, está toda la historia de Raimundo: «E, acaso no sangue tâ clara que eu me dourasse de unir-me contigo?» La poesía que comienza con estos versos podría servir de epígrafe al *Mulato*.

En cuanto al tipo físico, Raimundo fué copiado del pintor Horacio Tribuzy. Horacio Tribuzy, nacido en el Marañón y formado en Roma y después en París, había recorrido las principales ciudades de Europa y fué á morir en el Marañón, envenenado, justamente en la edad en que muere Raimundo. Era hijo de mi profesor de pintura, el italiano Domingo Tribuzy, que lo tuvo de una mulata; razón por la cual la sociedad marañense lo repudiaba, á pesar de sus glorias de artista y de sus brillantes cualidades personales. Horacio Tribuzy era el hombre más guapo que he visto hasta hoy; ese producto mestizo de un italiano tallado por los modelos de la Roma antigua y de una mujer medio mulata y medio india, tenía tanto de Hércules como de Apolo: era

un conjunto tal de gracia anatómica, de fuerza y de destreza, que las mujeres se morían de amor sólo al verlo, y más de una dama que lo despreciaba en público lo llamaba secretamente á su alcoba. En el «Manuscrito de una suegra», el tipo de Horacio vuelve á aparecer, con los mismos ojos de Raimundo pero no mulato.

Todos los demás tipos del *Mulato* han existido ó existen en el Marañón; tan así es que la historia de los crímenes del padre Diego es corriente en la tradición oral del interior de la provincia. Y mi libro no habría conmovido ruidosamente el Marañón si sus personajes hubieran sido imitados de una novela extranjera y europea.

Es una nimiedad, además, ponerse á citar coincidencias de edad, de bribonería, de honradez y simpatía, de creencias en Dios, etcétera, cuando se trata de personajes que tienen que desempeñar una acción amorosa, puesto que esta acción está subordinada necesariamente á una edad determinada y á condiciones psicológicas especiales. No se explica, luego, que el crítico haga á un lado el tipo de Díaz, sin el cual no existiría la novela, y

que, al lado del canónigo Diego, es el personaje más activo de la obra. Por otra parte, comparar el canónigo Diego con un santo vicario (según el crítico), llamarlo hermano gemelo de éste, es tener ganas de desnaturalizar el carácter de mi personaje. En fin, es absurdo hablar del *Mulato* sin considerar la tesis que el *Mulato* sostiene y defiende.

. . . . »

ALUIZIO AZEVEDO.

Cardiff (Inglaterra) 4 de Setiembre de 1905.

FIN

INDICE

INDICE